

S. EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN, COMENTARIOS A LA EPÍSTOLA A TITO, LIBRO UNO. (C)

Prólogo.

685-686 Aunque no sean dignos de fe aquellos que han invalidado la fe primera, hablo de Marción y Basíledes, y de todos los herejes que desgarran el Antiguo Testamento: sin embargo, los soportaríamos en alguna medida, si al menos en el Nuevo contuvieran sus manos: y no se atrevieran a violar a Cristo (como ellos mismos se jactan) el Hijo del buen Dios, ni a los evangelistas, ni a los apóstoles. Ahora bien, ya que han destruido tanto sus Evangelios como las epístolas de los apóstoles, no haciéndolas de los Apóstoles de Cristo, sino propias, me asombra cómo se atreven a reclamar para sí el nombre de cristianos. Pues para no hablar de las otras Epístolas, de las cuales borraron todo lo que veían contrario a su dogma, creyeron que algunas debían ser rechazadas en su totalidad: a saber, ambas a Timoteo, a los Hebreos, y a Tito, que ahora intentamos exponer. Y si dieran razones por las cuales no las consideraran del Apóstol, intentaríamos responder algo, y quizás satisfacer al lector. Ahora bien, cuando con autoridad herética pronuncian y dicen: Esa epístola es de Pablo, esta no lo es; entiendan que son refutados con la misma autoridad con la que ellos no se avergüenzan de simular falsedades. Pero Tatiano, patriarca de los Encratitas, quien también rechazó algunas epístolas de Pablo, creyó que esta, especialmente, es decir, a Tito, debía ser proclamada del Apóstol; despreciando la afirmación de Marción y de otros que con él coinciden en esta parte. Escribe, pues, el Apóstol, oh Paula y Eustoquio, desde Nicópolis, que está situada en la costa de Actium, ahora parte o la mayor parte de vuestra posesión; y escribe 687-688 a Tito, su discípulo, y en Cristo su hijo, a quien había dejado en Creta para instruir a las Iglesias: y le ordenó que cuando de entre Artemas o Tíquico llegara a Creta, él mismo viniera a Nicópolis. Pues era justo que aquel que había dicho, mi preocupación por todas las Iglesias: y que había fundado el Evangelio de Cristo hasta Ilírico partiendo de Jerusalén, no permitiera que los cretenses quedaran desamparados por su ausencia y la de Tito; de quienes primero brotaron las semillas de la idolatría: sino que les enviara en su lugar a Artemas o Tíquico, para que fueran consolados por su doctrina y compañía.

COMIENZA EL LIBRO.

(Cap. I---Vers. 1.) Pablo, siervo de Dios: Apóstol, además, de Jesucristo. En la Epístola a los Romanos comenzó así: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol. En esta, sin embargo, se dice siervo de Dios: pero apóstol de Jesucristo. Pues si el Padre y el Hijo son uno, y quien cree en el Hijo, cree también en el Padre: la servidumbre del apóstol Pablo debe referirse indistintamente al Padre o al Hijo. Esta servidumbre no es aquella de la que el mismo Apóstol dice: Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor [Al. temor], sino que habéis recibido el espíritu de adopción [Al. añade de hijos], en el cual clamamos Abba, Padre (Rom. VIII, 28), sino una noble servidumbre, de la que también David habla a Dios: Yo soy tu siervo, hijo de tu sierva (Sal. CXV, 16). Y la bienaventurada María al ángel: He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según [Al. conforme a] tu palabra (Luc. I, 38). Esta servidumbre la tuvo también Moisés, de quien el Señor dijo a Josué, hijo de Nun: Moisés, dice, mi siervo ha muerto (Jos. I, 2). Y en otro lugar: Murió Moisés, siervo del Señor, en la tierra de Moab por la palabra del Señor (Deut. XXXIV, 5). Pues lejos esté que creamos que Moisés y María tuvieron el espíritu de servidumbre en temor, y no en amor a Dios. No es de extrañar que aunque sean hombres santos, sean llamados siervos de Dios de manera noble, cuando por medio del profeta Isaías el Padre habla al Hijo: Es grande para ti ser llamado mi siervo (Isa. XLIX, 6), que en griego se dice: μέγα σοί ἐστὶ τοῦ κληθῆναι σε παῖδά μου. Sin embargo, el término παῖς, que puede significar tanto siervo como hijo según

los griegos, lo buscamos en hebreo, y encontramos que no está escrito mi hijo, sino mi siervo, es decir, ABDI (). De donde también el profeta Abdías, que se interpreta como siervo del Señor, recibió su nombre del servicio a Dios. Si a alguien le inquieta que el Señor Salvador, que es el creador del universo, sea llamado siervo de Dios; no se inquietará si lo escucha hablar a los apóstoles: Quien quiera ser el mayor entre vosotros, sea el siervo de todos; y: El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir (Mat. XX, 27, 28): lo cual, para no parecer que solo lo enseñaba con palabras, lo mostró con el ejemplo. Pues tomando una toalla, se ciñó, y llenando un recipiente con agua, lavó los pies de los discípulos (Juan XIII). No es, por tanto, impío creer que aquel que asumió la forma de siervo, hizo estas cosas que son propias de un siervo, para que se diga que sirvió a la voluntad del Padre, cuando él mismo sirvió a sus siervos. Esta servidumbre, sin embargo, es de caridad, por la cual se nos manda servirnos unos a otros. Y el mismo Apóstol, siendo libre de todos, se hizo siervo de todos (I Cor. IX). Y en otro lugar: Vuestro, dice, siervo por amor de Cristo. Siervo de Dios es aquel que no es siervo del pecado. Porque todo el que hace pecado, es siervo del pecado (Juan, VIII, 34). Por tanto, el Apóstol, que no fue siervo del pecado, es llamado con razón siervo de Dios Padre y de Cristo. Por otra parte, lo que dice: Apóstol además de Jesucristo, me parece similar a si dijera, prefecto del pretorio del César Augusto, maestro del ejército del emperador Tiberio. Pues así como los jueces de este mundo, para parecer más nobles, toman sus títulos de los reyes a quienes sirven, y de la dignidad con la que se enorgullecen: así también el Apóstol, reclamando para sí una gran dignidad entre los cristianos, se tituló apóstol de Cristo, para que con la misma autoridad del nombre aterrorice a los que lo lean: indicando que todos los que creen en Cristo deben estar sujetos a él. No obstante, lo que poco antes escribimos a los Romanos: Siervo de Jesucristo, no difiere de si hubiera dicho, siervo de la sabiduría, siervo de la justicia, siervo de la santificación, siervo de la redención: pues Cristo se ha hecho para nosotros de parte de Dios Padre, sabiduría, justicia, santificación y redención (I Cor. I, 30).

(Vers. 2 ss.) Según la fe de los elegidos de Dios, y el conocimiento de la verdad, que es según la piedad en la esperanza de vida eterna: la cual prometió el Dios que no miente antes de los tiempos eternos: pero manifestó en sus tiempos su palabra en la predicación, que me fue confiada según el mandato de nuestro Salvador Dios. A Tito, amado hijo según la fe común: Gracia y paz de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Salvador. Quien no según la humildad, como muchos piensan, sino verdaderamente había dicho: Y aunque sea tosco en el hablar, no lo soy en el conocimiento, Hebreo de hebreos según la ley fariseo, no explica los profundos sentidos en lengua griega, y lo que piensa, apenas lo expresa en palabras. Según el orden, pues, de los sentidos, y el texto de las cosas más que de las palabras, discutamos de cada una como están escritas. Según la fe, dice, de los elegidos de Dios, refiérete a lo anterior, que añadió: Pablo siervo de Dios: Apóstol además de Jesucristo según la fe de los elegidos de Dios, es decir, de aquellos que no solo han sido llamados, sino también elegidos. De los mismos elegidos hay una gran diversidad según la variedad de obras, sentidos y palabras. Y no inmediatamente quien es elegido de Dios, o posee la fe según la elección, o tiene el conocimiento de la verdad según la fe. Por eso también el Salvador habló a los judíos que habían creído en él: Si permanecéis en mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31, 32). Y el evangelista testifica que esto lo dijo a los que creían, pero no conocían la verdad, la cual podrían alcanzar si permanecían en su palabra, y siendo hechos libres, dejarían de ser siervos. Se pregunta por qué a lo que dice: según la fe de los elegidos de Dios y el conocimiento de la verdad, añadió, que es según la piedad: si acaso hay alguna verdad que no esté puesta en la piedad, y ahora se introduce para distinguir el conocimiento de la verdad, que es según la piedad. Hay ciertamente una verdad que no tiene piedad. 690 Si alguien conoce el arte de la gramática, o la dialéctica, para tener razón de hablar

correctamente, y distinguir entre lo falso y lo verdadero. La geometría también y la aritmética y la música tienen en su ciencia la verdad; pero no es ciencia de piedad. La ciencia de la piedad es conocer la Ley, entender a los profetas, creer en el Evangelio, no ignorar a los apóstoles. Y por el contrario, hay muchos que tienen el verdadero conocimiento de la piedad: pero no inmediatamente también la verdad de las demás artes y de aquellas de las que antes hicimos mención. Esta verdad, pues, cuyo conocimiento es según la piedad, está puesta en la esperanza de vida eterna: porque inmediatamente al que se conoce a sí mismo, le otorga el premio de la inmortalidad. Sin piedad, sin embargo, el conocimiento de la verdad deleita en el presente: pero no tiene la eternidad de los premios, que prometió el Dios que no miente antes de los tiempos eternos: y la manifestó en sus tiempos en Cristo Jesús. ¿A quién, pues, prometió antes, y después la hizo clara, sino a su sabiduría, que siempre estuvo con el Padre, cuando se alegraba en el orbe perfecto, y se regocijaba sobre los hijos de los hombres, y prometió que aquellos que creyeran en ella, tendrían vida eterna? Antes de que el mundo echara los cimientos, antes de que los mares se extendieran, los montes se establecieran, el cielo se suspendiera, la tierra se solidificara con su masa derrumbada, esto prometió Dios, en quien no hay mentira. No porque pueda mentir, y no quiera lanzarse a palabras de falsedad: sino porque siendo el padre de la verdad, no tiene en sí ninguna mentira, según aquello: Sea Dios veraz: y todo hombre mentiroso (Rom. III, 4). Por eso, además, se dice que Dios no miente: pues con juramento promete algunas cosas en los profetas, para que nosotros, hechos más seguros, esperemos más que se cumplan las cosas que han sido predichas, y creyendo con toda la mente, nos preparemos para alcanzar lo que ha de venir.

No parece fuera de lugar tocar brevemente por qué Dios es llamado solo veraz, y todo hombre mentiroso, según la voz del Apóstol. Y si no me equivoco, así como se dice que solo él tiene inmortalidad, aunque haya hecho ángeles y muchas criaturas racionales, a quienes ha dado inmortalidad: así también se dice que solo él es veraz: no porque los demás no sean inmortales, y amantes de la verdad, sino porque él solo es naturalmente, y inmortal, y verdadero. Los demás, sin embargo, alcanzan la inmortalidad y la verdad por su donación, y es diferente ser verdadero por sí mismo, que tenerlo en el poder del que lo da. Pero tampoco creo que deba pasarse en silencio cómo el Dios que no miente, antes de los tiempos eternos, prometió la vida eterna: desde que según la historia del Génesis el mundo fue hecho, y por las vicisitudes de las noches y los días, de los meses y también de los años, los tiempos fueron establecidos. En este curso y rueda del mundo, los tiempos pasan y vienen, y o son futuros, o han sido. De donde algunos filósofos no creen que haya tiempo presente: sino o pasado, o futuro; porque todo lo que hablamos, hacemos, pensamos, o mientras se hace, pasa, o si aún no se ha hecho, lo esperamos. Antes de estos tiempos del mundo, se debe creer que hubo una cierta eternidad de siglos, en la que siempre estuvo el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo: y por así decirlo, un tiempo de Dios es toda la eternidad: más bien son innumerables tiempos, ya que él mismo, que está antes de los tiempos, excede todo tiempo. Pero aún no se cumplen mil años de nuestro orbe: y cuántas eternidades antes, cuántos tiempos, cuántos orígenes de siglos se debe pensar que hubo, en los que los ángeles, tronos, dominaciones, y otras virtudes sirvieron a Dios: y sin las vicisitudes y medidas de los tiempos, subsistieron por mandato de Dios. Antes de todos estos tiempos, que ni la palabra puede expresar, ni la mente comprender, ni el pensamiento silencioso se atreve a alcanzar, prometió Dios Padre a su sabiduría su palabra, y a la misma sabiduría, y la vida de aquellos que habrían de crear, que vendría al mundo. Prestad atención diligente al texto y al orden de la lectura: porque la vida eterna que el Dios que no miente prometió antes de los tiempos eternos, no es otra que la palabra de Dios. Pues manifestó, dice, en sus tiempos su palabra: Por tanto, la vida eterna que había prometido, es la misma que su Verbo, que en el principio estaba con el Padre: y el Verbo era Dios, y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I). Pero que el Verbo

de Dios, es decir, Cristo mismo sea la vida, lo testimonia en otro lugar diciendo: Yo soy la vida (Juan XIV, 6). Vida, sin embargo, no breve, no circunscrita a algunos tiempos; sino perpetua, sino eterna: que fue manifestada en los últimos tiempos, en la predicación que fue confiada a Pablo, doctor de los gentiles, y maestro: para que fuera anunciada en el mundo, y conocida por los hombres, según el mandato de nuestro Salvador Dios, que quiso que fuéramos salvos, cumpliendo lo que había prometido. Escribe, además, el Apóstol a Tito, amado hijo, que en griego se dice, γνήσιον τέκνον: y en lengua latina no puede explicarse: γνήσιος significa más bien, cuando alguien es fiel y propio, y (por así decirlo) legítimo o hermano sin comparación con otro. De lo cual entendemos que había también en los hijos de Pablo una gran diferencia, que tenía a algunos γνησίους, es decir, muy hermanos, y unidos a él, y nacidos de verdadero matrimonio, y de libre: a otros, sin embargo, como de esclava y de Agar, que no pueden recibir la herencia con el hijo de la libre, Isaac. Pues el discurso y la sabiduría, y la doctrina con la que Tito instruía a las Iglesias de Cristo, lo hacían propio hijo del Apóstol, y separado de toda otra compañía. Veamos después de esto lo que sigue: Según la fe común, si acaso dijo fe común de todos los que creían en Cristo: o común, solo suya y de Tito. Lo cual me parece mejor que la fe del apóstol Pablo y de Tito fuera común, que de todos los creyentes; en los cuales, por la variedad de las mentes, la fe común no podía ser, sino diversa. Al final, el prefacio de la Epístola, y el saludo del prefacio del Apóstol a Tito, se completa con este fin: Gracia y paz de Dios Padre y de Cristo Jesús nuestro Salvador. Ya sea que tanto la gracia como la paz, sean de Dios Padre como de Cristo Jesús, y ambos de ambos puedan entenderse dados: o que la gracia se refiera al Padre, y la paz al Hijo. No debe pasarse sin escrúpulo, que a algunos el Apóstol les deseó que la gracia y la paz se multiplicaran: ahora bien, a Tito la paz y la gracia, sin multiplicación, están puestas. Noé, varón justo, y solo salvado del naufragio del mundo, no se dice que encontrara muchas gracias, sino una gracia ante los ojos de Dios. Y Moisés al Señor: Si he hallado, dice, gracia ante ti (Éxodo XXXIII, 13). Y si en algún otro lugar en persona de los santos se pone gracia, busca y encontrarás [Al. encontrarás], no que encontraran gracias, sino gracia. Aquel mercader del Evangelio que tenía muchas perlas, al final encontró una preciosa, que de muchas perlas compró sola (Mat. XIII). Pues es de los perfectos comprar con el comercio de todas las perlas y de toda su sustancia una perla, y un tesoro: de los principiantes, sin embargo, y aún en camino, no solo tener una y sola, sino muchas perlas.

(Vers. 5.) Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieras lo que faltaba. Es de la dignidad apostólica echar el fundamento de la Iglesia, que nadie puede poner, sino el arquitecto. El fundamento, sin embargo, no es otro que Cristo Jesús (I Cor. III, 11). Los que son inferiores artesanos, estos pueden construir edificios sobre los fundamentos. Pablo, pues, como sabio arquitecto, y esforzándose con todo trabajo, para no gloriarse en lo ya preparado, sino donde aún no había sido anunciado Cristo, después de haber ablandado los duros corazones de los cretenses a la fe de Cristo, y haberlos sometido tanto con la palabra como con señales, y haberles enseñado a no creer en el Júpiter nativo, sino en Dios Padre y en Cristo, dejó a Tito, su discípulo, en Creta, para que confirmara los rudimentos de la naciente Iglesia, y si algo parecía faltar, lo corrigiera, él mismo yendo a otras naciones, para echar de nuevo en ellas el fundamento de Cristo. Pero lo que dice: para que corrigieras lo que faltaba, muestra que aún no habían llegado al pleno conocimiento de la verdad: y aunque hubieran sido corregidos por el Apóstol, sin embargo, aún necesitaban corrección. Todo lo que se corrige, es imperfecto. Pues también en griego la adición de la preposición, que se escribe ἐπιδιορθώση, no significa lo mismo que διορθώση, es decir, corrigieras: sino, por así decirlo, supercorrigieras: para que lo que ha sido corregido por mí, y aún no ha sido llevado a la plena línea de la verdad, sea corregido por ti, y reciba la norma de la igualdad.

Y [Al. Ut] constituyas presbíteros en cada ciudad, como te lo dispuse. Escuchen los obispos que tienen el poder de constituir presbíteros en cada ciudad, bajo qué ley se debe mantener el orden de la constitución eclesiástica: y no piensen que son palabras del apóstol, sino de Cristo, quien dijo a sus discípulos: Quien a ustedes desprecia, a mí me desprecia; y quien me desprecia, desprecia a aquel que me envió (Luc. X, 16). Así también, quien los escucha a ustedes, me escucha a mí; y quien me escucha a mí, escucha a aquel que me envió. De lo cual es manifiesto que aquellos que, despreciando la ley del Apóstol, quisieran conferir un grado eclesiástico a alguien no por mérito, sino por gracia, actúan contra Cristo, quien, a través de su Apóstol, ha explicado en lo siguiente cómo debe ser constituido un presbítero en la Iglesia. Moisés, amigo de Dios, a quien Dios habló cara a cara (Deut. V y XXXI), pudo ciertamente hacer a sus hijos sucesores del principado y dejarles su dignidad propia; pero se eligió a Jesús, un extraño de otra tribu, para que supiéramos que el principado sobre los pueblos no debe conferirse por sangre, sino por vida. Pero ahora vemos a muchos hacer de esto un beneficio, no buscando a aquellos que pueden ser más útiles a la Iglesia para erigir columnas en la Iglesia, sino a quienes ellos mismos aman, o a quienes están encantados por sus servicios, o por quienes alguien de los mayores ha rogado, y, para no mencionar cosas peores, a quienes han obtenido ser clérigos mediante regalos. Prestemos atención diligente a las palabras del Apóstol que dice: Para que constituyas presbíteros en cada ciudad, como te lo dispuse. Quien debe ser ordenado presbítero, discutiendo en lo siguiente, dice: Si alguno es irreprochable, marido de una sola mujer, y otras cosas, luego añade: Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios. Por lo tanto, el presbítero es lo mismo que el obispo, y antes de que, por instigación del diablo, surgieran facciones en la religión, y se dijera entre los pueblos: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas (I Cor. I, 12), las iglesias eran gobernadas por el consejo común de los presbíteros. Pero después de que cada uno considerara que aquellos a quienes había bautizado eran suyos, no de Cristo, se decretó en todo el mundo que uno de los presbíteros fuera elegido y puesto sobre los demás, a quien correspondiera el cuidado de toda la Iglesia, y se eliminaran las semillas de los cismas. Alguien podría pensar que no es nuestra opinión, sino la de las Escrituras, que el obispo y el presbítero son uno, y que una cosa es el nombre de la edad, y otra el del oficio: relea las palabras del Apóstol a los Filipenses que dice: Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con [Al. y] los obispos y diáconos, gracia a vosotros y paz (Filip. I, 1, 2), y lo demás. Filipos es una ciudad de Macedonia, y ciertamente en una sola ciudad no podían haber varios obispos, como se les llama ahora. Pero porque en ese tiempo a los mismos obispos se les llamaba también presbíteros, por eso habló indistintamente de los obispos como de los presbíteros. Aún esto podría parecer ambiguo a alguien, a menos que se confirme con otro testimonio. En los Hechos de los Apóstoles está escrito que cuando el Apóstol llegó a Mileto, envió a Éfeso y llamó a los presbíteros de la misma Iglesia, a quienes luego, entre otras cosas, les dijo: Cuidense a ustedes mismos y a todo el rebaño, en el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos para pastorear la Iglesia del Señor, que adquirió con su propia sangre (Hech. XX, 28). Y aquí observen diligentemente cómo, llamando a los presbíteros de una ciudad, Éfeso, luego los llama obispos. Si alguien quiere aceptar la Epístola que bajo el nombre de Pablo está escrita a los Hebreos, también allí se divide igualmente el cuidado de la Iglesia entre varios. Pues escribe al pueblo: Obedezcan a sus líderes y sométanse a ellos, porque ellos velan por sus almas, como quienes han de dar cuenta, para que lo hagan con alegría y no quejándose, porque esto no es provechoso para ustedes (Hebr. XIII, 17). Y Pedro, quien recibió su nombre por la firmeza de su fe, en su Epístola dice: Ruego a los presbíteros que están entre ustedes, yo que soy copresbítero y testigo de los sufrimientos de Cristo, y también partícipe de la gloria que ha de ser revelada, apacienten el rebaño de Dios que está entre ustedes, no por obligación, sino voluntariamente (I Pedro V, 1, 2). Esto es para mostrar que entre los antiguos eran los

mismos presbíteros que obispos: pero gradualmente, para arrancar las raíces de las disensiones, toda la preocupación fue delegada a uno. Así como los presbíteros saben que por costumbre de la Iglesia deben estar sujetos a quien ha sido puesto sobre ellos, así los obispos deben saber que son mayores que los presbíteros más por costumbre que por la verdad de la disposición del Señor, y deben gobernar la Iglesia en común, imitando a Moisés, quien, aunque tenía el poder de gobernar solo al pueblo de Israel, eligió a setenta con quienes juzgar al pueblo (Num. XI). Veamos, pues, qué tipo de presbítero o obispo debe ser ordenado.

(Vers. 6.) Si alguno es irreprochable, marido de una sola mujer, que tenga hijos fieles, no acusados de libertinaje o insubordinados. En primer lugar, debe ser irreprochable: lo que creo que en otras palabras se llama irreprochable en Timoteo (I Tim. III): no que [Al. que] solo en el momento en que va a ser ordenado esté sin ningún crimen, y que haya borrado las manchas pasadas con una nueva conducta, sino que desde el momento en que renació en Cristo, no sea atormentado por la conciencia de pecado. Pues, ¿cómo puede el presidente de la Iglesia quitar el mal de en medio de ella, si ha caído en un delito similar? ¿O con qué libertad puede corregir al pecador, cuando en silencio se responde a sí mismo que ha cometido lo mismo que corrige? Por lo tanto, quien desea el episcopado, desea una buena obra. Obra, dice, no honor, no gloria. Pero debe tener también buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en reproche y en el lazo del diablo. Y lo que dice, marido de una sola mujer, debemos entenderlo así: que no pensemos que todo monógamo es mejor que un bígamo; sino que pueda exhortar a la monogamia y la continencia, quien presente su ejemplo en la enseñanza. Supongamos que un joven perdió a su esposa, y superado por la necesidad de la carne, tomó una segunda esposa, a quien también perdió de inmediato, y desde entonces vivió continentemente; y otro tuvo matrimonio hasta la vejez, y el uso de su esposa, como muchos consideran una felicidad, nunca cesó de la obra de la carne: ¿quién de los dos les parece mejor, más casto, más continente? Sin duda, aquel que fue infeliz incluso en el segundo matrimonio, y después vivió castamente y santamente, y no aquel que no se separó del abrazo de su esposa ni en la edad senil. No se alabe, pues, quienquiera que sea elegido como monógamo, que es mejor que todo bígamo, cuando en él más se ha elegido la felicidad que la voluntad. Algunos opinan de este pasaje: Dicen que era costumbre judía tener dos esposas o más: lo que también leemos en la antigua Ley sobre Abraham y Jacob: y ahora quieren que sea un precepto que quien va a ser elegido obispo no tenga dos esposas al mismo tiempo. Muchos, más supersticiosamente que verdaderamente, piensan que incluso aquellos que, siendo gentiles, tuvieron una esposa, y al perderla, después del bautismo de Cristo, tomaron otra, no deben ser elegidos para el sacerdocio: cuando ciertamente, si esto debe observarse, aquellos más bien deben ser apartados del episcopado, que antes ejercieron la lujuria vagando entre prostitutas, y al ser regenerados tomaron una esposa: y es mucho más detestable haber fornicado con muchas, que ser encontrado bígamo; porque en uno está la infelicidad del matrimonio, en otro la lujuria propensa al pecado. Montano y quienes siguen el cisma de Novato, se atribuyen a sí mismos el nombre de pureza: y piensan que los segundos matrimonios deben prohibirse de la comunión de la Iglesia: cuando el Apóstol, al prescribir esto sobre los obispos y presbíteros, ciertamente lo relajó en los demás: no porque anime a los segundos matrimonios; sino porque concede a la necesidad de la carne. Tertuliano también escribió un libro herético sobre la Monogamia: que nadie que haya leído al Apóstol ignorará que está en contra de él. Y ciertamente ser irreprochable como obispo o presbítero, y tener una sola esposa, está en nuestro poder. Sin embargo, lo que sigue: Tener hijos fieles, no acusados de libertinaje, ni insubordinados, está fuera de nuestra voluntad. Supongamos que los padres han educado bien a sus hijos, y desde una edad temprana siempre los han instruido en los preceptos del Señor: si después se entregan a la lujuria, y superados por los vicios, se entregan a la lujuria sin freno, ¿acaso la culpa recaerá sobre los padres, y los pecados de los hijos mancharán la

santidad del padre? Si alguien ha educado bien a sus hijos, creo que Isaac estaba entre ellos, quien ciertamente debe creerse que educó bien a su hijo Esaú. Pero Esaú, fornicario y profano, vendió su primogenitura por un plato de comida (Gen. XV). También Samuel, quien fue tal que invocó al Señor, y el Señor lo escuchó, y en tiempo de cosecha obtuvo lluvia de invierno, tuvo hijos que se desviaron tras la avaricia, y aceptaban sobornos, y fueron jueces tan inicuos que el pueblo, no pudiendo soportarlo, pidió un rey para sí, como las demás naciones (I Reg. XII). Por lo tanto, si se hiciera la elección de sacerdotes, Isaac por Esaú, y Samuel por sus hijos, serían considerados indignos del sacerdocio. Y cuando los pecados de los padres no se imputan a los hijos, ya no vigente la sentencia de que los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos se embotaron (Ezequiel XVIII, 2), ¿los vicios de los hijos perjudicarán a los padres? En primer lugar, debe decirse que el nombre del sacerdocio es tan santo, que incluso se nos imputan cosas que están fuera de nosotros, no porque no seamos obispos por nuestros vicios, sino porque por la incontinencia de los hijos debemos ser apartados de este grado. Pues, ¿con qué libertad podemos corregir a los hijos ajenos, y enseñar lo que es recto, cuando inmediatamente quien ha sido corregido puede decirnos: Primero enseña a tus hijos? ¿O con qué cara corrijo a un extraño que fornicar, cuando mi propia conciencia me responde: Deshereda, pues, al hijo que fornicar: rechaza a tus hijos que sirven a los vicios? Cuando el hijo malvado vive en la misma casa contigo, ¿te atreves a quitar la paja del ojo ajeno, sin ver la viga en el tuyo (Mat. VII y Luc. VI)? No es que el justo se contamine por los vicios de los hijos, sino que la libertad se reserva al príncipe de la Iglesia por el Apóstol: para que se haga tal que no tema reprender a los extraños por los vicios de los hijos. Luego, también debe inferirse contra aquellos que se enorgullecen del episcopado, y piensan que no han obtenido la dispensación de Cristo, sino un imperio: que no son inmediatamente mejores que todos aquellos que no han sido ordenados obispos: y que por haber sido elegidos, no deben considerarse más aprobados: sino que entiendan que algunos han sido apartados del sacerdocio porque los vicios de los hijos los han impedido. Si los pecados de los hijos prohíben al justo del episcopado, ¡cuánto más cada uno, considerándose a sí mismo, y sabiendo que los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI), se retraerá de este no tanto honor como carga: y no ambicionará ocupar el lugar de otros que son más dignos! Finalmente, debe decirse que en las Escrituras por hijos se entienden los pensamientos, y por hijas, las obras, y que ahora se ordena que debe hacerse obispo quien tenga en su poder tanto los pensamientos como las obras, y verdaderamente crea en Cristo, y no se manche con ninguna mancha de vicios que se infiltran.

(Vers. 7.) Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios: no arrogante, no iracundo, no dado al vino, no violento, no codicioso de ganancias deshonestas. Se busca, pues, entre los administradores, que alguien sea hallado fiel: y no comiendo y bebiendo con los borrachos, golpee a los siervos y siervas; sino que espere la incierta venida de Dios, y dé a sus consiervos el alimento a su debido tiempo. Entre el administrador y la familia, esta es la única diferencia, que un consiervo ha sido puesto sobre sus consiervos. Sepa, pues, el obispo y el presbítero, que el pueblo es consiervo suyo, no siervo. Las demás cosas que siguen, están en nosotros: No arrogante, es decir, no hinchado y complaciéndose a sí mismo por ser obispo, sino como buen administrador, buscando lo que más beneficie a muchos. No iracundo. Iracundo es quien siempre se enoja, y al menor soplo de respuesta o pecado, se agita como una hoja al viento. Y en verdad, nada es más feo que un maestro furioso, quien, debiendo ser manso (y según lo que está escrito (I Tim. II): Al siervo del Señor no le conviene reñir; sino ser amable con todos, apto para enseñar, paciente, corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen), él, por el contrario, con rostro severo, labios temblorosos, frente arrugada, insultos desenfrenados, rostro variado entre palidez y rubor, grita: y no tanto retrae a los errantes al bien, como los precipita al mal con su

severidad; de ahí que también Salomón dice: La ira destruye incluso a los sabios (Prov. XXI); Y: La ira del hombre no obra la justicia de Dios (Jacobo I, 20). Ni es iracundo quien se enoja alguna vez, sino aquel que frecuentemente es superado por esta pasión. También prohíbe que el obispo sea dado al vino, de lo cual se escribe a Timoteo: No dado a mucho vino (I Tim. III, 8). ¿Cómo es ver a un obispo dado al vino, que con el sentido ocupado, o exalta la risa contra el decoro de la gravedad, y con labios sueltos se ríe a carcajadas: o si recuerda algo triste, entre las copas estalla en sollozos y lágrimas? Es largo ir por cada cosa, y explicar las locuras que sugiere la embriaguez. Ves a unos convertir las copas en armas, lanzar la copa a la cara del compañero: a otros con las vestiduras rasgadas lanzarse a las heridas ajenas: a otros gritar: a otros dormir: quien más bebe, se considera más fuerte: es ocasión de acusación, jurado por el rey, más frecuentemente no haber bebido. Vomitan para beber, beben para vomitar. La digestión del vientre y la garganta, se ocupan en una sola tarea. Esto basta ahora haber dicho, que según el Apóstol, en el vino hay lujuria. Y dondequiera que haya saciedad y embriaguez, allí domina la lujuria. Mira el vientre y los genitales, según la calidad de los vicios el orden de los miembros. Nunca consideraré casto a un borracho, quien, aunque dormido por el vino, sin embargo pudo pecar por el vino. Nos maravillamos, pues, de que el Apóstol haya condenado la embriaguez en los obispos o presbíteros, cuando también en la antigua ley se ordena que los sacerdotes, cuando entran al templo a ministrar a Dios, no beban vino en absoluto (Lev. X): y el nazareo, mientras nutre su santa cabellera, y no vea nada contaminado, nada mortal, y se abstenga del vino, y de la uva pasa, y de la bebida más diluida que suele hacerse de los orujos, y de toda bebida fuerte, que pervierte la mente de la salud íntegra (Num. VI). Que cada uno diga lo que quiera: yo hablo mi conciencia: sé que la abstinencia me ha perjudicado cuando la he interrumpido, y me ha beneficiado cuando la he retomado. Después de la embriaguez, ordena esto, que no sea violento: lo cual, entendido simplemente, edifica al oyente, para que no extienda fácilmente la mano para golpear: para que no estalle insano en el rostro de otro para golpearlo. Pero es mejor decir que no es violento aquel que, manso y paciente, sabe en qué momento debe hablar, y qué debe callar: ni con palabras inútiles hiere la conciencia de los débiles. Pues el Apóstol, al formar al príncipe de la iglesia, no prohíbe ser pugilista y pancraciasta [παγκρατιαστήν, es decir, atleta] (lo cual también se reprende en un plebeyo y en cualquier gentil si lo es), sino esto, como dije: que no sea contumaz y hablador, perdiendo a aquel que pudo corregir con modestia y suavidad. También debe estar alejado de quien va a ser obispo el apetito de ganancias deshonestas. Hay muchos que enseñan lo que no deben, por amor a las ganancias deshonestas: que subvierten casas enteras, y piensan que la piedad es un medio de ganancia. Pero es mejor, según Salomón, una pequeña ganancia con justicia, que muchas ganancias [Al. germinadas] con iniquidad (Prov. XVI, 8): y es más deseable un buen nombre en la pobreza, que un mal nombre en la riqueza. El obispo que desea ser imitador del Apóstol, teniendo sustento y vestido, debe estar contento con esto (I Tim. VI). Quienes sirven al altar, vivan del altar (I Cor. IX). Vivan, dice, no se hagan ricos. Por eso se nos quita el dinero del cinturón: y nos vestimos con una sola túnica (Mat. X y Marc. VI): ni pensamos en el mañana. El apetito de ganancias deshonestas es pensar más allá de lo presente. Hasta aquí se ha ordenado por el discurso del Apóstol lo que no debe tener el obispo o presbítero: ahora, por el contrario, se explica lo que debe tener.

(Vers. 8, 9.) Pero hospitalario, amante de los bienes, casto, justo, santo, continente, o abstinentes, que mantenga la palabra fiel conforme a la doctrina, para que sea capaz de consolar con la sana doctrina y refutar a los que contradicen. Ante todo, se le exige hospitalidad al futuro obispo. Si todos desean escuchar aquello del Evangelio: "Fui forastero, y me recibisteis" (Mateo XXV, 35), ¡cuánto más el obispo, cuya casa debe ser un albergue

común para todos! Un laico, al recibir a uno o dos, o a pocos, cumplirá con el deber de hospitalidad. El obispo, si no recibe a todos, es inhumano. Pero temo que, así como la reina del Sur, viniendo de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón (Mateo XII), juzgará a los hombres de su tiempo, y los hombres de Nínive, habiendo hecho penitencia ante la predicación de Jonás, condenarán a aquellos que despreciaron escuchar al Salvador, mayor que Jonás: así muchos en los pueblos juzgarán a los obispos, apartándose del grado eclesiástico y ejerciendo lo que no conviene al obispo; sobre los cuales creo que también Juan escribió a Cayo: "Amado, fielmente haces todo lo que haces por los hermanos, y esto por los forasteros, quienes han dado testimonio de tu amor ante la Iglesia: harás bien en encaminarlos dignamente ante Dios, porque por el nombre del Señor salieron, sin aceptar nada de los gentiles" (III Juan 5 y ss.). Y verdaderamente, con el Espíritu Santo hablando en él, ya entonces reprendió lo que sucedería en las Iglesias, diciendo: "Escribí también a la Iglesia: pero Diotrefes, que ama tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por eso, cuando vaya, recordaré sus obras, que hace hablando mal de nosotros con palabras malignas: y no le basta con no recibir a los hermanos, sino que también prohíbe a los que quieren hacerlo, y los expulsa de la Iglesia". Verdaderamente ahora se puede ver lo que fue predicho, en muchas ciudades, obispos o presbíteros, si ven a laicos hospitalarios, amantes de los bienes; envidian, murmuran, excomulgan, expulsan de la Iglesia, como si no fuera lícito hacer lo que el obispo no hace: y tales laicos son la condenación de los sacerdotes. Por lo tanto, los consideran gravosos, y como si estuvieran sobre sus cuellos, los inquietan con diversas persecuciones para apartarlos de la buena obra. Sea también el obispo pudoroso, a quien los griegos llaman σόφρονα: y el intérprete latino, engañado por la ambigüedad de la palabra, tradujo prudente en lugar de pudoroso. Si a los laicos se les ordena que se abstengan del coito con sus esposas por motivo de oración, ¿qué se debe pensar del obispo, que diariamente ha de ofrecer víctimas inmaculadas a Dios por sus pecados y los del pueblo? Leamos los libros de los Reyes y encontraremos que el sacerdote Abimelec no quiso dar a David y a sus hombres los panes de la proposición, a menos que preguntara si los hombres estaban limpios de mujer: no de una ajena, sino de su esposa (I Sam. XXI). Y si no hubiera oído que se habían abstenido del acto conyugal desde el día anterior y el anteayer, de ninguna manera les habría concedido los panes que antes había negado. Tanto es la diferencia entre los panes de la proposición y el cuerpo de Cristo, como entre la sombra y los cuerpos, entre la imagen y la verdad, entre los ejemplares de lo futuro y aquello mismo que por los ejemplares se prefiguraba. Así como la mansedumbre, la paciencia, la sobriedad, la moderación, la abstinencia de lucro, la hospitalidad y la benignidad deben estar principalmente en el obispo y ser eminentes entre todos los laicos, así también la castidad propia y, por así decirlo, la pudicicia sacerdotal, de modo que no solo se abstenga del acto impuro, sino también del desliz de la mirada y del error del pensamiento, y que la mente que va a confeccionar el cuerpo de Cristo esté libre. El obispo debe ser también justo y santo, para que ejerza la justicia entre los pueblos a los que preside, dando a cada uno lo que merece: y no acepte la persona en el juicio. Entre la justicia del laico y la del obispo hay esta diferencia, que el laico puede parecer justo en pocas cosas, pero el obispo puede ejercer la justicia en tantos como súbditos tenga. Santo, que en griego se dice ὅσιος, significa más cuando la santidad está mezclada con la piedad y se refiere a Dios. A quien nosotros llamamos santo, los griegos llaman ἅγιον: a quien ellos llaman ὅσιον, nosotros podemos llamar piadoso hacia Dios. Sea también el obispo abstinentes: no solo (como algunos piensan) de la lujuria y del abrazo de la esposa, sino de todas las perturbaciones del ánimo: que no se excite a la ira: que la tristeza no lo abata: que el terror no lo agite, que la alegría desmedida no lo eleve. La abstinencia, enumerada entre los frutos del espíritu por el Apóstol, si se exige de todos, cuánto más del obispo, que debe ser paciente y manso para soportar los vicios de los pecadores: consolar a los pusilánimes: sostener a los débiles: no devolver mal por mal; sino vencer el mal con el

bien. Finalmente, mantenga la palabra fiel conforme a la doctrina, para que así como la palabra de Dios es fiel y digna de toda aceptación, así también él se muestre tal, que todo lo que hable sea considerado digno de fe, y sus palabras sean regla de verdad. Sea también capaz de consolar a los que son agitados por los torbellinos de este mundo, y destruir los preceptos débiles mediante la sana doctrina. La sana doctrina se dice en contraposición a la doctrina débil e ineficaz. Sea también tal que refute a los que contradicen, sean herejes o judíos, y a los sabios de este mundo. Y las virtudes superiores que se han puesto en el obispo pertenecen a la vida. Pero lo que dice: "Para que sea capaz de consolar con la sana doctrina y refutar a los que contradicen", se refiere al conocimiento. Porque si el obispo solo tiene una vida santa, puede beneficiarse a sí mismo viviendo así. Pero si está instruido en doctrina y palabra, puede instruirse a sí mismo y a los demás: y no solo instruir y enseñar a los suyos: sino también refutar a los adversarios: que si no son refutados y convencidos, fácilmente pueden pervertir los corazones de los simples. Este pasaje es contrario a aquellos que, entregándose a la inercia, al ocio y al sueño, piensan que es pecado leer las Escrituras: y desprecian como charlatanes e inútiles a aquellos que meditan en la Ley del Señor día y noche, no advirtiendo que el Apóstol, después del catálogo de la conversación del obispo, también ha ordenado la doctrina de igual manera.

(Vers. 10, 11.) Porque hay muchos insubordinados, vanos habladores y engañadores de mentes: especialmente los de la circuncisión, a quienes es necesario imponer silencio: que subvierten casas enteras, enseñando lo que no deben, por amor al lucro deshonesto. Quien ha de ser el príncipe de la Iglesia debe tener la elocuencia unida a la integridad de vida, para que las obras no sean mudas sin la palabra, y las palabras no se avergüencen por la falta de hechos: especialmente cuando no son pocos, sino muchos: ni sumisos, sino obstinados, que no se preocupan por decir aquello del Salmista: "¿No está mi alma sujeta a Dios?" (Salmo LXI, 1). Sino que pervierten la buena semilla de las mentes, que naturalmente tienen el conocimiento de Dios, con una persuasión vana. Esto es lo que me parece que Pablo quiso decir al usar la palabra *φρεναπάται*: no como el simple intérprete latino tradujo, engañadores, sino engañadores de mentes. Y ciertamente, sin la autoridad de las Escrituras, la charlatanería no tendría crédito, a menos que parecieran fortalecer su doctrina perversa incluso con testimonios divinos. Estos son los judíos de la circuncisión, que en aquel tiempo intentaban subvertir la naciente Iglesia de Cristo e introducir preceptos legales: sobre los cuales Pablo trata más extensamente en Romanos y Gálatas. Y nosotros, hace pocos meses, dictamos tres volúmenes en la explicación de la Epístola a los Gálatas. Tales hombres, el Doctor de la Iglesia, a quien se le han confiado las almas de los pueblos, debe superar con la razón de las Escrituras, e imponerles silencio con el peso del testimonio: que no subvierten una o pocas casas, sino todas con sus dueños y familias, enseñando sobre las diferencias de alimentos, sobre la abolición ya antigua del sábado, sobre la injuria de la circuncisión: y ojalá hicieran esto por celo de la fe, en parte alguna podría ser perdonado, diciendo el Apóstol: "Confieso que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia" (Romanos X, 2). Pero como su dios es su vientre, por amor al lucro deshonesto quieren hacer discípulos propios, para que como maestros sean mantenidos por sus seguidores. Podemos también interpretar de otra manera lo que se ha dicho, por amor al lucro deshonesto: que pensemos que el Apóstol usó una expresión común, por la cual todos los herejes, cuando enseñan perversamente, suelen afirmar que son ganadores de hombres: cuando no es ganancia, sino perdición, matar las almas de los engañados. Por el contrario, quien corrige a su hermano errante según el Evangelio, si se convierte, lo ha ganado. ¿Qué mayor ganancia puede haber, o qué más precioso, que ganar un alma humana? Por tanto, todo doctor de la Iglesia que persuade a la fe de Cristo con razón recta, es un honesto ganador. Y todo hereje, que con ciertos engaños engaña y es engañado, habla lo que no debe, por amor al lucro deshonesto.

(Vers. 12 seqq.) Dijo uno de ellos, su propio profeta: Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos. Este testimonio es verdadero: por esta razón repréndelos severamente, para que sean sanos en la fe, no atendiendo a fábulas judías y mandatos de hombres que se apartan de la verdad. En cuanto al texto del discurso y al contenido del lugar, esto que dice: Dijo uno de ellos, su propio profeta, parece referirse a aquellos de los que habló anteriormente: especialmente a los de la circuncisión: a quienes es necesario refrenar, que subvierten casas enteras, enseñando lo que no deben por amor al lucro deshonesto, y sigue: dijo uno de ellos, su propio profeta. Pero como en ninguno de los profetas que profetizaron en Judea se encuentra este verso hexámetro, me parece que debe leerse de dos maneras, para que esto que dice: Dijo uno de ellos, su propio profeta, se una con lo anterior, por esta razón te dejé en Creta, para que corrigieras lo que faltaba, y sigue: dijo uno de ellos, su propio profeta, es decir, de los cretenses. Pero como hay muchas cosas en medio, y esto parece absurdo, y tal vez nadie lo acepte: por eso, con lo anterior, que está más cerca, debe adaptarse de otra manera, para que leamos: Porque hay muchos y no sumisos, vanos habladores y engañadores de mentes, especialmente los de la circuncisión; a quienes, muchos y no sumisos, vanos habladores y engañadores de mentes, junto con los de la circuncisión, es necesario refrenar, que subvierten casas enteras, enseñando lo que no deben por amor al lucro deshonesto: dijo uno de ellos, su propio profeta: para que lo que dice, su propio profeta, no se refiera especialmente a los judíos, y especialmente a los de la circuncisión, sino a muchos que no son sumisos, y vanos habladores y engañadores de mentes, que ciertamente, porque estaban en Creta, se cree que eran cretenses. Se dice que este verso se encuentra en los oráculos del poeta cretense Epiménides; a quien en el presente, ya sea burlándose o aludiendo, llamó profeta, porque tales cristianos merecen tener tales profetas: como también había profetas de Baal, y profetas de confusión, y otros de ofensas; y cualesquiera profetas viciosos que la Escritura menciona: o verdaderamente, porque escribió sobre oráculos y respuestas, que también predicen el futuro y anuncian lo que ha de venir mucho antes. Finalmente, el mismo libro está titulado Oráculos: que porque parecía prometer algo divino, por eso creo que el Apóstol lo examinó, para ver qué prometía la adivinación de los gentiles: y en el momento abusó del verso, escribiendo a Tito que estaba en Creta: para que refutara a los falsos maestros cretenses con el propio maestro de la isla. Esto, además, se descubre que Pablo no solo lo hizo en este lugar, sino también en otros. En los Hechos de los Apóstoles, cuando predicaba al pueblo, y discutía en el Areópago, que es el tribunal de los atenienses, entre otras cosas dijo: Como también algunos de vuestros poetas han dicho: Porque somos de su linaje (Hechos XVII), lo cual se lee en los Fenómenos de Arato: que Cicerón tradujo al latín; y Germánico César, y recientemente Avieno, y muchos, que enumerarlos sería muy largo. También a los corintios (I Cor. XV, 33), que también están pulidos con la elocuencia ática; y debido a la proximidad de los lugares, están condimentados con el sabor de los atenienses, tomó un verso yámbico de la comedia de Menandro: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. No es de extrañar si, por la oportunidad del momento, abusa de los versos de los poetas gentiles: cuando incluso, cambiando algo de la inscripción de un altar, habló a los atenienses: porque pasando, dijo, y contemplando vuestras devociones, encontré también un altar en el que estaba inscrito: Al Dios desconocido. Lo que, pues, adoráis sin conocer, eso os anuncio yo. Sin embargo, la inscripción del altar no era así, como afirmó Pablo, al Dios desconocido, sino así: A los dioses de Asia y Europa, y África; a los dioses desconocidos y extranjeros. Pero porque Pablo no necesitaba de muchos dioses desconocidos, sino de un solo Dios desconocido, usó una palabra singular: para enseñar que ese era su Dios, a quien los atenienses habían señalado en el título del altar: y debían adorarlo correctamente con conocimiento, a quien adoraban ignorantes, y no podían no saber. Esto,

además, Pablo lo hacía raramente, y como la oportunidad del lugar más que la ostentación lo exigía, al modo de las abejas, que suelen componer miel de diversas flores, y ensamblar las celdas de los panales. Hay quienes piensan que este verso fue tomado de Calímaco, el poeta cirenense, y en parte no se equivocan. Pues él también, escribiendo en alabanzas de Júpiter contra los cretenses, que se jactaban de mostrar su tumba, dijo: Los cretenses siempre mentirosos: que incluso fabricaron su tumba con mente sacrílega. Pero, como dijimos antes, el verso completo fue tomado por el Apóstol del poeta Epiménides; y Calímaco lo usó en el inicio de su poema. O un proverbio vulgar, en el que los cretenses eran llamados engañosos, lo trasladó al verso sin el robo de la obra ajena. Algunos piensan que el Apóstol debe ser reprendido, porque imprudentemente se equivocó; y mientras acusaba a los falsos maestros, aprobó ese verso: que por eso se dice que los cretenses son engañosos, porque construyeron la tumba vacía de Júpiter. Pues si, dicen, Epiménides o Calímaco, por eso acusan a los cretenses de ser engañosos, y malas bestias, y vientres perezosos, porque no perciben lo divino; y fingen que Júpiter, que reina en el cielo, está enterrado en su isla: y esto que ellos dijeron, se comprueba verdadero por la sentencia del Apóstol: sigue que Júpiter no está muerto, sino vivo. Imprudentemente, pues, Pablo, destructor de la idolatría, mientras actúa contra los maestros perversos, afirmó a los dioses que combatía. A quienes brevemente se debe responder, como en aquello que dice: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Y en aquello, Porque somos de su linaje, no aprobó inmediatamente toda la comedia de Menandro, ni el libro de Arato; sino que abusó de la oportunidad del verso: así también en el presente lugar no confirmó toda la obra de Calímaco, o de Epiménides, de los cuales uno canta las alabanzas de Júpiter, el otro escribe sobre oráculos, por un solo verso: sino que solo reprendió a los cretenses como mentirosos por el vicio de la nación: no por aquella opinión, por la cual son acusados por los poetas, sino por la facilidad innata de mentir, refutándolos con su propio autor nacional. Y quienes piensan que debe seguirse todo el libro por quien ha usado parte del libro, parecen a mí que también deben recibir entre las Escrituras de la Iglesia el apócrifo de Enoc, del cual el apóstol Judas en su Epístola puso testimonio; y muchas otras cosas que el apóstol Pablo ha dicho de cosas ocultas. Pues podemos decir con este argumento: porque dijo que adoraba al Dios desconocido entre los atenienses, a quien ellos habían anotado en el altar, Pablo debe seguir también las otras cosas que estaban escritas en el altar, y hacer lo que hacían los atenienses: porque con los atenienses en la adoración del Dios desconocido en parte consintió. Lejos esté que arrastre el argumento y la elegancia escolástica a la calumnia. No hay nadie tan asesino, y tan parricida, tan envenenador, que no haya hecho algo bueno alguna vez. Entonces, si viendo un bien de él lo apruebo, ¿y en lo demás me incumbirá la necesidad de aprobar lo que fue malo? Si un enemigo es juzgado y clama contra nosotros, ¿no dirá algo de verdad entre las palabras de enemistad y riña? que también por nosotros no se reprende del todo contra quienes habla. Así también Calímaco y Epiménides, no por eso dijeron la verdad, que Júpiter es dios, y las demás cosas que se contienen en sus poemas, porque los cretenses son engañosos; sino que solo en eso hablaron verdad, porque expresaron el vicio innato de los cretenses de la mentira: que porque son engañosos, no por eso no dijeron alguna vez la verdad. Pues Júpiter no dejaría de ser dios porque los cretenses dijeran la verdad; pero sin embargo, callando ellos, quien estaba muerto no tendría el nombre de dios. Finalmente, para que sepamos que el Apóstol no habló fortuitamente, y como les parece a ellos, transitoriamente, sino con consideración y circunspección, y protegiéndose por todos lados contra los cretenses: Este testimonio, dice, es verdadero; no todo el poema, del cual se tomó el testimonio, no toda la obra: sino solo este testimonio, este verso en el que se les llama mentirosos. Y ciertamente quien solo en una parte del poema consintió, se cree que refutó las demás. Y como los cretenses mentirosos, y los gálatas necios, o Israel de dura cerviz, o cada provincia se denota por su propio vicio, lo hemos discutido en la Epístola de Pablo a los Gálatas. Y como no hay nada más que podamos

aportar aquí, nos contentamos con eso. Por lo tanto, repréndelos, dice, severamente: porque son mentirosos, y malas bestias, y vientres perezosos: que persuaden falsedades, que como bestias sedientas de sangre buscan la de los engañados: y no trabajando en silencio, comen su pan: cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión: y repréndelos, para que sean sanos en la fe. De la cual sanidad de la fe también habla en lo siguiente: Los ancianos sean sobrios, honestos, castos, sanos en la fe, en la caridad, y en la paciencia: a la semejanza de la cual fe, también se llama sanidad de la doctrina. Habrá, dice, un tiempo cuando no soportarán la sana doctrina. Hay también palabras de sanidad, de las cuales habla a Timoteo en la primera Epístola: Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es según la piedad (I Tim. VI, 3). Y en la segunda: Teniendo el ejemplo de las sanas palabras que oíste de mí (II Tim. I, 13). Quienes tienen esta sanidad de la fe y de la doctrina y de las palabras, no atenderán a fábulas judías y mandatos de hombres que se apartan de la verdad. Concedamos un momento a los judíos, y escuchemos pacientemente las necesidades de aquellos que entre ellos son llamados sabios; y entonces entenderemos cuáles son las fábulas judías sin autoridad de la Escritura, sin ninguna afirmación de razón, inventando ciertos animales y fabulosos, de los cuales profetizó Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran: enseñando doctrinas y mandamientos de hombres (Isaías XXIX, 13). Este testimonio, que el Salvador en el Evangelio aprueba, los acusa de haber preferido los mandamientos de hombres a la Ley de Dios. Pues Dios dice: Honra a tu padre y a tu madre: Pero ellos han transmitido: Porque cualquiera que diga a su padre y a su madre: el don que sea de mí, te beneficiará, y no honrará a su padre y a su madre (Mateo XV, 3 seqq.). Si alguno después de la venida de Cristo es cortado, y no circuncidado: sirve a las fábulas judías y a los mandamientos de hombres que se apartan de la verdad. Pues no es judío el que lo es en lo manifiesto, sino el que lo es en lo oculto: y la circuncisión del corazón en espíritu, no en letra. Si alguno celebra la Pascua, no en los ázimos de sinceridad y verdad: para exterminar de su alma toda la vieja levadura de malicia y maldad: este atiende a fábulas, y sigue sombras, descuidando la verdad. Si alguno no resucita con Cristo, ni busca las cosas que están arriba, sino las que están abajo, dice: No toques, no gustes, no manejes las cosas que están en corrupción, por el mismo uso según los preceptos y doctrinas de hombres, este sigue justicias no buenas, y preceptos no buenos. Donde está la verdad, y la ley espiritual, donde las justificaciones son buenas, y los preceptos son óptimos: los que los hagan, vivirán en ellos.

(Vers. 15.) Todas las cosas son puras para los puros, pero para los contaminados e infieles nada es puro: sino que su mente y conciencia están contaminadas. Porque anteriormente había dicho: Porque hay muchos y no sumisos, vanos habladores y engañadores, especialmente los de la circuncisión, y de aquellos que habían sido engañados por ellos, consecuentemente añadió: Repréndelos severamente, para que sean sanos en la fe, no atendiendo a fábulas judías y mandatos de hombres que se apartan de la verdad. Y como se discute plenamente a los Gálatas y a los Romanos, pensaban que había una distinción entre los alimentos, cuando algunos parecían puros, otros impuros, por eso ahora introduce: Todas las cosas son puras para los puros, es decir, para aquellos que creen en Cristo, y saben que toda criatura es buena: y nada debe ser rechazado si se recibe con acción de gracias. Pero para los contaminados e infieles nada es puro: porque su mente y conciencia están contaminadas: por eso incluso las cosas que son puras por naturaleza, se vuelven impuras para ellos. No porque algo sea puro o impuro: sino que según la calidad de los que comen, lo puro es puro para los puros, y lo impuro se vuelve contaminado para los contaminados. De lo contrario, a los infieles y contaminados, incluso el pan de bendición, y el cáliz del Señor no les ayuda; porque quien coma indignamente de ese pan, y beba de ese cáliz, come y bebe juicio para sí mismo (I Cor. XI). Con la venida de Cristo, todas las cosas fueron purificadas. Lo que él

purificó, no podemos compartir. Pero se debe considerar que al tratar estas cosas, no demos ocasión a esa herejía, que según el Apocalipsis (Cap. II), y también al mismo apóstol Pablo escribiendo a los Corintios, piensa que se debe comer de lo sacrificado a los ídolos: porque todas las cosas son puras para los puros (I Cor. VIII). Pues ahora el Apóstol no tenía como propósito discutir sobre lo que se inmola a los demonios: sino contra los judíos, que según la disciplina de la Ley abolida, consideraban algunas cosas puras, otras impuras. Pues no podemos participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios: ni podemos beber al mismo tiempo el cáliz del Señor, y el cáliz de los demonios (I Cor. X, 20, 21). En nosotros está comer cosas puras o impuras. Pues si somos puros, la criatura es pura para nosotros. Pero si somos impuros e infieles, todas las cosas se vuelven comunes para nosotros: ya sea por la herejía que habita en nuestros corazones, o por la conciencia de los pecados. Pero si nuestra conciencia no nos reprende, y tenemos confianza de piedad hacia el Señor; oraremos con el espíritu, oraremos también con la mente: cantaremos con el espíritu, cantaremos también con la mente (I Cor. XIV): y estaremos lejos de aquellos, de quienes ahora se escribe: Su mente y conciencia están contaminadas.

(Vers. 16.) Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan: abominables, desobedientes, y reprobados para toda buena obra. Aquellos cuya mente y conciencia están contaminadas, confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan según lo que se dice en Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isaías XXIX, 13). Así como quien honra con los labios, y su corazón se aleja: así quien confiesa a Dios con palabras, lo niega con hechos. Pero quien niega a Dios con hechos, con una confesión simulada, es justamente abominable y profano: y sin ninguna razón de verdad persuadido, se le llama desobediente e incrédulo. De donde resulta que es reprobado para toda buena obra: que ciertamente, incluso aquellas que por la bondad natural superado tal vez haga buenas, no son buenas, mientras que por la perversidad de la mente son reprobadas. Algunos piensan que Dios solo se niega si en la persecución alguien capturado por los gentiles, se niega a ser cristiano. Pero aquí el Apóstol afirma que Dios se niega por todos los hechos perversos. Cristo es sabiduría, justicia, verdad, santidad, fortaleza. Se niega la sabiduría por la insensatez, la justicia por la iniquidad, la verdad por la mentira, la santidad por la impureza, la fortaleza por la debilidad del ánimo. Y cada vez que somos vencidos por vicios y pecados, tantas veces negamos a Dios. Y al contrario, cada vez que hacemos algo bueno, confesamos a Dios. No se debe pensar que en el día del juicio solo aquellos serán negados por el Hijo de Dios, que en el martirio negaron a Cristo, sino que por todas las obras, palabras, pensamientos, Cristo, o negado, niega, o confesado, confiesa. De esta confesión creo que también mandó a los discípulos, diciendo: Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta el extremo de la tierra (Hechos I, 8), para que en todas las buenas obras y palabras, la mente dedicada a Cristo lo confiese. Hay también una cierta negación loable, de la cual el mismo Apóstol dice: Renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo presente: esperando la bienaventurada esperanza y la manifestación de nuestro Salvador Dios (Tito II, 12). Quien niegue esta negación, y quiera seguir al Salvador diciendo: Quien quiera venir a mí, niéguese a sí mismo (Lucas IX, 23), despojado del hombre viejo con sus obras, y vestido del nuevo, seguirá a su Dios. Cómo alguien debe negarse a sí mismo, es digno de contemplación. El casto niega al fornicador, lo que antes fue: el sabio al imprudente, el justo al injusto, el fuerte al débil. Y para hablar en general de todos, tantas veces nos negamos a nosotros mismos, cuantas veces pisoteando los vicios anteriores, dejamos de ser lo que fuimos, y comenzamos a ser lo que antes no fuimos.

(Cap. II.---Vers. 1) Tú, sin embargo, habla lo que conviene a la sana doctrina. Una cosa es hablar de la sana doctrina, y otra es enseñar lo que conviene a la sana doctrina: en el primer

caso, es solo una instrucción simple; en el segundo, junto con la enseñanza, hay también una corrección de vida. Porque quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos (Mat. V, 19): el Señor ordena a los discípulos no solo trabajar en la meditación de las Escrituras, para que repitan lo que está escrito y lo guarden en el tesoro de la memoria, sino que primero hagan lo que se les ha mandado. Pero quien los haga y los enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos. Porque si nuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no podemos entrar en el reino de los cielos (Mat. V). Aquellos que se sientan en la cátedra de Moisés, dicen y no hacen, y atan cargas pesadas que imponen sobre los hombros de los hombres, y ellos mismos no quieren tocarlas ni con un dedo. Esto, pues, es lo que ahora el Apóstol enseña a Tito, su hijo en Cristo y discípulo, para que hable lo que conviene a la sana doctrina: porque entonces hay salud en la doctrina, cuando la doctrina del maestro y su vida están de acuerdo.

Vers. 2.) Que los ancianos sean sobrios, honestos, pudicos, sanos en la fe, en la caridad y en la paciencia. Generalmente, al instruir a Tito sobre lo que debe hablar a todos, en lo que dice: Tú, sin embargo, habla lo que conviene a la sana doctrina, ahora expone, por cada grupo, lo que conviene a cada edad. Primero, lo que conviene a los hombres ancianos, luego lo que conviene a las ancianas, tercero lo que es adecuado para los jóvenes, tanto hombres como mujeres: aunque en el mandato a las mujeres ancianas se incluyan instrucciones sobre las jóvenes, para que no sea él quien enseñe a las jóvenes, sino que explique lo que deben aprender de las ancianas. Finalmente, sobre los siervos, y por cada edad y condición, establece preceptos de tal manera que su discurso sea una regla de vida y costumbres. Por tanto, que los ancianos sean sobrios, o vigilantes, porque *νηφάλιοι* en griego significa ambas cosas: honestos, para que la gravedad de la edad sea adornada por la gravedad de las costumbres: pudicos, para que no se entreguen a la lujuria en una edad ajena, para que, ya con la sangre fría para la lujuria, no sean un ejemplo de ruina para los jóvenes. Sanos en la fe, sobre cuya salud de la fe hemos hablado antes. Sanos no solo en la fe, sino también en la caridad y en la paciencia, para que, habiendo alcanzado la primera salud de la fe, escuchen del Salvador: Tu fe te ha salvado (Marc. X, 52). Y en otro lugar: Ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe (Matth. VIII, 10). Y por esa misma salud de la fe se conviertan en hijos de Abraham, de quien está escrito: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 8). Y Habacuc, recordando esta salud de la fe, dice: El justo vivirá por mi fe (Habac. II, 3). Relee la Epístola a los Hebreos del apóstol Pablo (o de quien sea que pienses que es, ya que ya está aceptada entre las Eclesiásticas), enumera todo ese catálogo de la fe, en el que está escrito: Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio mayor que Caín (Hebr. XI, 4 segg.). Y: Enoc fue trasladado para que no viera la muerte; y Noé, creyendo a Dios sobre lo que aún no veía, construyó el arca, y Abraham salió hacia una tierra que no conocía. Y para que no pareciera que la Escritura no da ningún ejemplo de fe a las mujeres, en la misma Epístola se escribe que también Sara recibió fuerza para concebir, ya en un tiempo ajeno a su edad, porque consideró fiel al que lo había prometido. Allí se alaba la fe de Isaac, y de Jacob, de José, de Moisés y de Rahab, y de los demás, que mejor puede conocer quien haya leído la Epístola. Así como hay salud en la fe, así también hay salud en la caridad. Pero, ¿quién posee la salud de la caridad, sino aquel que primero ha amado a Dios con toda su alma, con todo su corazón y con todas sus fuerzas? Luego, escuchando el precepto de Cristo sobre el prójimo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Matth. V), ha dividido la caridad: porque de estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas. Quien tiene la salud de la caridad, no envidia, no se envanece, no actúa indebidamente, no se comporta de manera deshonesto, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la iniquidad, sino que se alegra con la verdad, todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (I Cor. XIII). Y porque la caridad nunca falla, quien está en la salud de la caridad, nunca cae. Porque ni la tribulación, ni la angustia,

ni el hambre, ni la persecución, ni la desnudez, ni el peligro, ni la espada podrán separarlo de la salud de la caridad que tiene en Cristo Jesús. ¿Qué puedo decir del peligro de la espada y de otras cosas menores que no pueden dividir a quien posee la caridad de la salud, cuando ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarlo de la caridad de la salud en Cristo Jesús? Si hemos entendido la salud de la caridad, tomemos de las Escrituras algún ejemplo de aquellos que están en la debilidad de la caridad. Dice el Salvador sobre los últimos tiempos: Porque al multiplicarse la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Matth. XXIV). La caridad es cálida en aquellos que arden en el espíritu: pero fría y helada en aquellos que han recibido los vientos más duros del norte. Porque del norte se encenderán males sobre todos los habitantes de la tierra (Jerem. I, 14). De este frío de la caridad, también Amnón se enfrió con su hermana Tamar (II Reg. XIII). Debemos temer, por tanto, que no seamos vencidos alguna vez por esta debilidad de la caridad. A veces sucede que primero hay en nosotros un amor santo hacia una virgen, o hacia cualquier mujer, y cuando la mente se ha ablandado en afectos, poco a poco la salud de la caridad palidece por la debilidad, y comienza a enfermarse, y lleva al amante a la muerte extrema. Por eso el Apóstol prudentemente advierte a Timoteo que exhorte a las jóvenes con toda castidad (I Tim. V). Toda castidad está en la carne, en el espíritu y en el alma: para que no se escandalice el ojo; para que no nos detengamos en la belleza del rostro de una mujer; para que no nos deleite escuchar palabras halagadoras; para que la mente, antes dura, no se marchite con palabras simuladas. Por tanto, como hemos dicho, tanto los jóvenes como los ancianos, tanto las jóvenes como las ancianas, deben guardar su corazón con toda diligencia: para que no entre la enfermedad de la caridad a través de la salud del amor, y por el amor santo, se convierta en un amor no santo, que los arrastre al infierno. Quien está sano en la fe, quien está sano en la caridad, también debe estar sano en la paciencia: y la paciencia, que se prueba especialmente en las tentaciones: porque de nada sirve haber tenido lo que hemos enumerado antes, si todas las riquezas y mercancías, con las que el barco está cargado, no se conservan en la tempestad, y con los vientos soplando de un lado a otro, lo que se ha ganado bien se libera sin naufragio. Porque quien persevere hasta el fin, ese será salvo (Matth. XXIV, 13).

(Vers. 3 seqq.) Las ancianas, igualmente, en un comportamiento santo, no calumniadoras, no esclavas de mucho vino; maestras del bien, para que enseñen a las jóvenes a ser castas, a amar a sus maridos, a amar a sus hijos: pudorosas, castas, cuidadosas del hogar, bondadosas, sumisas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada. Aunque el apóstol Pedro haya ordenado que los maridos den honor a sus esposas como a un vaso más frágil, no debe pensarse que la esposa, que tiene un cuerpo más frágil, sea también más débil en el alma. Por eso ahora se les ordena que también en ellas se cumpla lo que dice el Apóstol: La virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9), y se dice que tengan todo lo que se ha mandado a los hombres ancianos en común, en lo que dice: Las ancianas, igualmente, es decir, como los hombres ancianos, en todo honestas, sobrias, pudorosas, sanas en la fe, en la caridad y en la paciencia, y por su sexo tengan esto propio, que sean en un comportamiento santo, o como mejor se lee en griego, *ἐν καταστήματι ἱεροπρεπεῖς*, para que también su andar, su movimiento, su rostro, su palabra, su silencio, muestren una cierta dignidad de decoro sagrado. Y porque este tipo de mujeres suele ser hablador, según aquello: Aprenden a ser ociosas, yendo de casa en casa; no solo ociosas, sino también habladoras y curiosas, hablando lo que no deben (I Tim. V, 13): por eso quiere que no sean calumniadoras, es decir, no acusadoras, no de aquellas que para agrandar a otros, difaman a otros. O ciertamente, porque ellas ya han pasado la juventud, discuten sobre las edades de las jóvenes, y dicen: Aquella se adorna así, aquella se peina así, aquella camina así: ama a aquel, es amada por aquel: cuando incluso si estas cosas son verdaderas, no deben acusar ante los demás, sino

corregir en secreto con la caridad de Cristo, y enseñar más bien a no hacer, que acusar en público lo que se ha hecho. Estas edades suelen, porque ya han enfriado la lujuria del cuerpo (aunque hay muchas que no se avergüenzan de sus canas, y temblando ante el rebaño de nietos, se arreglan como jovencitas), entregarse al vino en lugar de a la lujuria; y cuando entre copas se creen prudentes y elocuentes, asumen una especie de austeridad de costumbres, hablando de lo que creen ser, y no recordando lo que fueron. Por tanto, las ancianas deben ser prohibidas del exceso de vino, porque lo que es la lujuria en los jóvenes, es la embriaguez en los ancianos. ¿O cómo puede una anciana enseñar castidad a las jóvenes, si al imitar la embriaguez de una anciana, una joven no puede ser pudorosa? Significativamente, ha expresado: No esclavas de mucho vino. Porque es una especie de servidumbre y condición extrema que el sentido del hombre sea ocupado por el vino, y no sea suyo, sino del vino. Porque ha enseñado cómo deben ser primero las ancianas, y después de lo que tienen en común con los hombres ancianos, también ha expuesto lo propio de ellas, para que sean llenas de un comportamiento honesto y santo, y de todo decoro: ni acusadoras, ni difamadoras de otros, ni con los sentidos ocupados por el vino. Ahora, consecuentemente, les permite las riendas de la enseñanza, para que cuando sean así, tengan la libertad de enseñar, para que enseñen lo que es bueno. Aunque en otro lugar haya dicho: No permito a las mujeres enseñar (I Tim. II, 12), debe entenderse así, que la enseñanza les está prohibida en cuanto a los hombres. Sin embargo, que enseñen a las jóvenes, como a sus hijas. Primero, la castidad: porque contra esta, más en la edad floreciente, lucha el enemigo, y toda su fuerza contra las mujeres está en el ombligo del vientre: luego, que amen a sus maridos, que amen a sus hijos. ¿Qué enseñanza es amar a los maridos, cuando esto no está en el discurso del que enseña, sino en el corazón del que ama? Quiere que amen a sus maridos castamente: quiere que entre el marido y la mujer haya un amor pudoroso, para que con pudor, y vergüenza, y casi por necesidad del sexo, más bien pague la deuda al marido que ella misma la exija de él, y crea que realiza las obras de los hijos ante los ojos de Dios y de los ángeles: así, ni ella se avergonzará incluso del lecho secreto, ni de las tinieblas de la noche, ni de su habitación cerrada, cuando piense que todo está abierto a los ojos de Dios. Pero aman a los hijos si los educan en la disciplina de Dios. Porque no querer entristecerlos enseñándoles lo que es bueno, y darles libertad para pecar, no es amar a los hijos, sino odiarlos. También deben ser educadas las jóvenes para que tengan cuidado del hogar. Y porque podría suceder que el cuidado del hogar se gobernara con austeridad, y por esto el precepto del Apóstol, la matrona se volviera más severa con los siervos: por eso añadió, bondadosas: para que crea que gobierna bien la casa de su marido, si manda a los siervos con bondad, no con terror. Y también sumisas a sus maridos: para que no, infladas por las riquezas y la nobleza, olviden la sentencia de Dios, por la cual están sujetas a sus maridos. Porque dijo a la mujer: A tu marido será tu deseo; y él se enseñoreará de ti (Gen. III, 16). En lo cual debe considerarse la prudencia de la Sagrada Escritura: porque el Señor no dijo esto al hombre, y le dijo: Te enseñorearás de tu esposa; sino a la mujer, para que le dejara la recompensa de la obediencia, mientras está en su poder, si quiere obedecer los preceptos de Dios, servir al marido y estar sujeta a él, para que de algún modo sea una servidumbre libre, y llena de amor, por eso sirve al marido, mientras teme ofenderlo. Porque el hombre no fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del hombre. Y siendo la cabeza de la mujer el hombre, y la cabeza del hombre Cristo: cualquier esposa que no se sujete a su marido, es decir, a su cabeza, es culpable del mismo crimen que el hombre si no se sujeta a Cristo, su cabeza. Pero la palabra del Señor es blasfemada: o mientras se desprecia la primera sentencia de Dios, y se considera como nada: o el Evangelio de Cristo es infamado, mientras contra la ley y la fe de la naturaleza, la que es cristiana, y por la ley de Dios sujeta, desea mandar al marido, cuando incluso las mujeres gentiles sirven a sus maridos por la ley común de la naturaleza.

(Vers 6 seqq.) Exhorta igualmente a los jóvenes a que sean sobrios en todo: presentándote tú mismo como ejemplo de buenas obras, en doctrina, en integridad y castidad, en palabra sana e irreprochable: para que el adversario se avergüence, no teniendo nada malo que decir de nosotros. Así como en lo que anteriormente había ordenado, diciendo: Las ancianas igualmente en hábito santo, habíamos dicho que la semejanza de las ancianas debía referirse a los ancianos: así ahora en lo que añade: Exhorta igualmente a los jóvenes a que sean sobrios, creemos que la semejanza de los jóvenes debe adaptarse a las ancianas, y a través de las ancianas a los ancianos: para que los ancianos tengan sobriedad, y sean honestos y sobrios, y sanos en la fe, en la caridad y en la paciencia. En cuanto a las ancianas, en la santidad del hábito, para que no sean acusadoras, no sirvan al vino en exceso, sean buenas maestras, y demás. Sin embargo, ha establecido como propio de los jóvenes que sean sobrios en todo, tanto en mente como en cuerpo: tanto en obra como en pensamiento, para que no haya en el joven sospecha de impureza. Y aunque algunos de los latinos piensen que debe leerse así: Exhorta igualmente a los jóvenes a que sean sobrios, y luego añadan, en todo presentándote como ejemplo de buenas obras: sin embargo, sepamos que en todo debe referirse a lo anterior, es decir, exhorta a que sean sobrios en todo. También debe saberse que la continencia no solo es necesaria en la obra de la carne y en la concupiscencia del alma; sino en todas las cosas: para que no deseemos honores indebidos: para que no nos encendamos en avaricia: para que no seamos vencidos por ninguna pasión. Presentándote, dice, como ejemplo de buenas obras. De nada sirve que alguien esté ejercitado en el hablar, y haya pulido su lengua para hablar, si no enseña más con el ejemplo que con la palabra. En efecto, quien es impuro, aunque sea elocuente, si exhorta a los oyentes a la castidad, su discurso es débil y no tiene autoridad para exhortar. Y al contrario, aunque sea rústico y lento para hablar, si es casto, puede con su ejemplo impulsar a los hombres a la semejanza de vida. Lo que dice, en incorruptibilidad, debe entenderse así, que la incorruptibilidad propiamente significa virginidad. En efecto, los que son vírgenes suelen ser llamados comúnmente incorruptos; y los que han dejado de ser vírgenes, se les llama corruptos; y decimos, aquella que fue virgen, está corrompida. Por eso creo que Tito, antes de ocuparse en la obra de la carne, recibió el bautismo creyendo en el Evangelio, y permaneció virgen, y ahora es advertido por el Apóstol para que se presente como ejemplo de incorruptibilidad: la cual no vemos en Timoteo. Pues cuando le decía: Nadie desprecie tu juventud; sino sé ejemplo de los fieles en palabra, en conducta, en caridad, en fe, en castidad (I Tim. IV, 12), no mencionó la incorruptibilidad, y solo puso la castidad. La castidad, sin embargo, puede entenderse en el celibato sin virginidad. A menos que tal vez entendamos la castidad en la mente, y la incorruptibilidad en el cuerpo, según lo que en otro lugar se escribe en la definición de virgen: Que sea santa en cuerpo y espíritu (I Cor. VII). Y él mismo ahora añadió consecuentemente: en doctrina, en incorruptibilidad, en castidad. Podríamos también interpretar la castidad y la incorruptibilidad incluso en la integridad de la doctrina: a menos que lo que sigue especialmente, en palabra sana e irreprochable, tenga un precepto propio sobre la enseñanza de la doctrina. Lo que dice, en palabra irreprochable, no significa que haya alguien de tanta elocuencia y prudencia que no sea reprendido por nadie (pues los apóstoles y evangelistas son reprendidos por herejes y gentiles), sino que no diga ni haga nada digno de reprensión, aunque los adversarios estén listos para reprender. Y porque hay muchos insubordinados, vanos habladores y engañadores de mentes, que odian al que reprende en las puertas, y abominan la palabra santa, por eso debemos presentarnos como ejemplo en todo en doctrina, en integridad, en castidad, en palabra sana e irreprochable: para que los adversarios, aterrados por la salud de nuestra vida y doctrina, no se atrevan a acusar, es decir, no inventen nada verosímil en la acusación. Y en verdad hasta hoy vemos a algunos en las Iglesias (aunque esta sea un ave rara) de tal gravedad y continencia, que incluso tienen testimonio de los adversarios, y se dice, es un gran

hombre y de santa conversación, y de buenas costumbres, si no fuera hereje. Pues no hay nadie de tan desmedida impudencia, que pueda acusar de oscuros los rayos del sol, y cubrir la clara luz con la oscuridad de la noche. Por eso el Apóstol, previendo estas mismas cosas, dice: Para que quite la ocasión a los que quieren ocasión (II Cor. XI, 12). Pero el que está en contra también puede entenderse como el diablo, que es el acusador de nuestros hermanos, como predica Juan el Evangelista: quien, cuando no tiene nada malo que objetarnos, se avergüenza, y el acusador no podrá acusar. Diabolus en latín significa acusador.

(Vers. 9, 10.) Los siervos sean sumisos a sus amos en todo: sean agradables, no contradiciendo, no robando; sino mostrando toda buena fe, para que adornen en todo la doctrina de nuestro Dios Salvador. Porque nuestro Señor y Salvador, que en el Evangelio dice: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28), no considera que ninguna condición, edad, sexo, esté excluida de la bienaventuranza: por eso ahora el Apóstol también establece preceptos para los siervos, como parte de la Iglesia y miembros del cuerpo de Cristo. Y así como anteriormente enseñó a Tito qué debía instruir a los ancianos, ancianas, jóvenes, y finalmente a los siervos, ahora establece preceptos adecuados para los siervos. Primero, que sean sumisos a sus amos en todo. En estas cosas, que no son contrarias a Dios: para que si el amo ordena lo que no es contrario a las Escrituras sagradas, el siervo se someta al amo. Pero si ordena lo contrario, obedezca más al espíritu que al amo del cuerpo. Prestad atención a cómo decreta preceptos adecuados a las personas. Los siervos, dice, sean sumisos a sus amos en todo (Efes. VI, 5). En otro lugar, hablando de los hijos, dice: Hijos, obedeced a vuestros padres (Col. III, 20). A los hijos les conviene obedecer a los padres: a los siervos estar sujetos al amo que manda. Y no pensemos que es contrario lo que en otra Epístola dice: Las mujeres, dice, estén sujetas a sus maridos (Efes. V, 22; Col. III, 18), y en esta afirma que las esposas están sujetas a sus maridos, como si hubiera usado la misma palabra tanto en los siervos como en las esposas. De alguna manera, el marido es el amo de la esposa. Él, dice, dominará sobre ti (Gén. III, 16). Y el Salvador estaba sujeto a sus padres (Luc. II), pero cuando aún tenía doce años, y no se diferenciaba de un siervo, el Señor de todos: pues aún no había alcanzado la edad perfecta de hombre que pudiera heredar. Pero también en otro lugar está escrito de él: Porque cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Todas las cosas le serán sujetas cuando diga, El Señor dijo a mi Señor, siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal. CIX, 1). En los siervos sujetos, el Señor es sujeto. Y así como por nosotros se dice que es maldición, cuando no es maldición, sino verdadera bendición: así por nosotros, o se escribe sujeto, o no sujeto: si hemos sido sujetos a Dios, o no sujetos. Algunos leen este pasaje así: Los siervos sean sumisos a sus amos, y después de haberlo separado hasta aquí, añaden, en todo complazcan: cuando en griego el orden de la lectura es diferente, es decir, los siervos sean sumisos a sus amos en todo; para que siga, εὐαρέστους εἶναι: que aunque no plenamente, sin embargo, en parte podemos interpretar como, que se complazcan a sí mismos: para que no parezca que la sentencia de Dios sobre su condición es injusta para ellos. Pero así como el pobre puede salvarse según su medida; y la mujer en la debilidad de su sexo no está excluida del reino de Dios, y toda condición puede alcanzar la bienaventuranza según su orden: así también los siervos se complazcan a sí mismos por ser siervos: y no piensen que por eso no pueden servir a Dios, porque están sujetos a los hombres; sino que más bien agraden a la voluntad de Dios, si también son sumisos a sus amos en todo, y se complacen a sí mismos en su condición; y cumplan lo que el Apóstol ordena a continuación, que no sean contradictorios, no robando. El mayor vicio de los siervos es contradecir a los amos, y cuando ordenan algo, murmurar entre ellos. Por eso Tito es advertido, para que a través de la sana doctrina quite esta pasión de los siervos que son

cristianos. Pues si el siervo debe cumplir lo que el amo ordena: ¿por qué no hacerlo con buena voluntad; sino que ofende al amo, y sin embargo hace lo que se le ordena: especialmente cuando Dios también se ofendió por el agua de la contradicción? Y en otro lugar habla del pueblo murmurador: Que cese de mí su murmuración, y no morirán (Num. XIV). Después de la contradicción, otro vicio de los siervos es corregido por la doctrina de Cristo, que no sean ladrones. El ladrón no solo es juzgado en las cosas mayores, sino también en las menores. Pues no se atiende a lo que se ha robado, sino a la mente del ladrón. Así como en la fornicación y el adulterio, no por eso es diferente la fornicación o el adulterio, si es hermosa, o rica, fea o pobre, prostituta o adúltera: sino que sea cual sea, es una fornicación o adulterio. Así también en el robo, por mucho que el siervo haya robado, incurre en el crimen de robo. Por eso en la ley de Moisés, a veces los ladrones son obligados a devolver siete veces, a veces cuatro veces, y a veces el mismo ladrón es decapitado, a veces vendido por el robo, de los cuales recuerdo haberles expuesto recientemente en Levítico. Si esto se prohíbe en el siervo, cuánto más en el libre: para que el juez no robe, o el soldado, no contento con su salario, devaste lo ajeno. Un hombre de gran gravedad, cuando se le alababa la integridad de un juez, y decía de él quien lo alababa, No es ladrón: respondió, Haría un excelente siervo, si tampoco fuera fugitivo: tanto debe estar alejada la sospecha de robo de todo libre. Sean, pues, los siervos sumisos a sus amos en todo, sean complacientes con su condición: para que no lleven con aspereza la servidumbre, no contradigan a los amos, no roben, y después de esto muestren en todo buena fe, para que adornen en todo la doctrina de nuestro Dios Salvador. Pues si son fieles en lo mínimo con los amos carnales, comenzarán a confiarles cosas mayores con Dios. Adorna la doctrina del Señor, quien hace lo que es adecuado a su condición. Y al contrario, la confunde quien no está sujeto en todo, a quien su condición le desagrade, quien es contradictor y defraudador y no muestra en nada buena fe. Pues ¿cómo puede ser fiel en la sustancia de Dios, quien no pudo mostrar fidelidad a su amo carnal?

(Vers. 12 seqq.) Porque ha aparecido la gracia de Dios Salvador para todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo: esperando la bienaventurada esperanza, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo: quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Después del catálogo de la doctrina a Tito, sobre qué debía instruir a los ancianos, ancianas, jóvenes y finalmente a los siervos, ahora introduce correctamente. Porque ha aparecido la gracia de Dios Salvador para todos los hombres. No hay diferencia entre libre y siervo, griego y bárbaro, circunciso y no circunciso, mujer y hombre: sino que todos somos uno en Cristo, todos somos llamados al reino de Dios, todos después de la ofensa seremos reconciliados con nuestro Padre; no por nuestros méritos, sino por la gracia del Salvador: o porque él mismo es Cristo, la gracia viva y subsistente de Dios Padre: o porque esta es la gracia de Cristo Dios Salvador, y no somos salvados por nuestro mérito, según lo que se dice en otro lugar: Por nada los salvarás (Sal. LV, 8). Esta gracia ha aparecido para todos los hombres para enseñarnos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo. Pero ¿qué significa renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos? Confío en que pueda entenderse por lo que expusimos anteriormente, que confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan, y por los contrarios se explican los contrarios. Los deseos mundanos, por tanto, son los que el príncipe de este mundo sugiere: y siendo del siglo, pasan con la nube de este siglo. Pero nosotros, viviendo sobria y justamente, sin pecar ni con el cuerpo ni con la mente, viviremos piadosamente en este siglo: y esta piedad espera la bienaventurada esperanza, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Pues así como la impiedad teme la manifestación del gran Dios,

así la piedad, segura de su obra y de su fe, la espera. ¿Dónde está la serpiente Arrio? ¿dónde el culebra Eunomio? El gran Dios es llamado Jesucristo, Salvador, no primogénito de toda criatura, no Verbo de Dios y sabiduría; sino Jesucristo: nombres que son del hombre asumido. Ni decimos que Jesucristo es otro que el Verbo, como calumnia la nueva herejía: sino que al mismo, antes de los siglos, y después de los siglos, y antes del mundo, y después de María: más bien de María, llamamos gran Dios, nuestro Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos con su preciosa sangre de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo peculiar (así se tiene en griego) y hacer un emulador de buenas obras. A menudo, considerando conmigo mismo qué significaba la palabra peculiar, y preguntando a los sabios de este siglo si acaso la habían leído en algún lugar, nunca pude encontrar a alguien que me explicara qué significaba. Por lo cual me vi obligado a recurrir al antiguo instrumento, de donde pensaba que el Apóstol había tomado lo que decía. Hebreo de hebreos, y según la ley fariseo, ciertamente ponía en su Epístola lo que sabía que había leído en el Antiguo Testamento. En el Deuteronomio encontré: Porque eres pueblo santo para el Señor tu Dios, y en ti se complació el Señor tu Dios; para que seas para él un pueblo peculiar, de entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra (Deut. VII, 6). Y en el Salmo ciento treinta y cuatro, donde nosotros tenemos, Cantad a su nombre, porque es suave: porque Jacob eligió para sí el Señor, Israel en posesión para sí (Sal. CXXXIV, 3, 4): por lo que es, en posesión, en griego está escrito, εἰς περιουσιασμόν, que Aquila y la quinta edición expresaron como εἰς περιούσιον. Los Setenta y Teodocio, traduciendo como περιουσιασμόν, hicieron un cambio de sílaba, no de sentido. Symmachus, por lo que es en griego περιούσιον, en hebreo, SGOLLA (), lo expresó como ἐξάίρετον, es decir, egregio, o principal: por lo cual en otro volumen usando el lenguaje latino, lo interpretó como peculiar. Correctamente, pues, Cristo Jesús, nuestro gran Dios y Salvador, nos redimió con su sangre, para hacerse un pueblo cristiano peculiar, que podría ser peculiar si se convirtiera en emulador de buenas obras. Por eso también lo que en el Evangelio según los intérpretes latinos está escrito: Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mat. VI, 11), está mejor en griego como nuestro pan ἐπιούσιον, es decir, principal, egregio, peculiar, aquel que descendiendo del cielo, dice: Yo soy el pan que descendió del cielo (Juan VI, 5). Pues lejos de nosotros que, quienes estamos prohibidos de pensar en el mañana, se nos ordene rogar en la oración dominical por este pan que pronto será digerido y desechado en el retrete. No hay mucha diferencia entre ἐπιούσιον y περιούσιον: solo se ha cambiado la preposición, no la palabra. Algunos piensan que ἐπιούσιον en la oración dominical se refiere al pan que está sobre todas las οὐσίαις, es decir, sobre todas las sustancias. Si se acepta esto, no difiere mucho del sentido que hemos expuesto. Pues todo lo que es egregio y principal, está fuera de todo, y sobre todo.

(Vers. 15.) Habla de estas cosas, exhorta y reprende con toda autoridad. Ha puesto tres cosas, habla, exhorta y reprende. Y en lo que dice, habla, parece referirse a la doctrina. Lo que añade, exhorta, es decir, παρακάλει, significa algo diferente en griego que en latín: παρακάλει significa más consolación que exhortación. Esta palabra también se usó anteriormente sobre los jóvenes: Consola igualmente a los jóvenes, para que sean sobrios en todo. De lo cual en su lugar lo expresamos como si estuviera escrito exhorta, como en latín. Consola, pues, al oyente, quien dice: Rogamos por Cristo, reconciliáos con Dios (I Cor. V, 20), y se humilla y se somete, para ganar a quien consuela. Lo que es tercero, reprende, me parece contrario a la consolación, para que quien haya despreciado la consolación, sea digno de reprensión, y merezca oír: Habéis olvidado la consolación, que os habla como a hijos. También leemos en Timoteo otra consolación, y otra reprensión, diciendo el Apóstol: Predica a tiempo y fuera de tiempo, reprende, reprende, consuela (II Tim. IV, 2). Y allí, en efecto, se asume primero la reprensión, y después la severidad se templea con la consolación. Aquí, sin embargo, quiere que primero se consuele a los discípulos, y si no han mejorado con la consolación, entonces

se les corrija, y se les corrija con toda autoridad. Así entiendo lo que se ha dicho: Reprende con toda autoridad, para que se refiera especialmente a la reprensión, y no a las dos cosas anteriores en común. Pues no conviene decir, consueta con toda autoridad, y habla con toda autoridad, sino solamente, reprende con toda autoridad.

Nadie te desprecie. Alguien podría pensar que esto se escribe ahora a Tito de la misma manera que se dijo a Timoteo: "Nadie desprecie tu juventud" (1 Tim. IV, 14). Sin embargo, nosotros, según la diferencia del idioma griego, creemos que "περιφρονεῖω", que se escribe aquí, significa algo diferente a "καταφρονεῖω", que se dijo a Timoteo, y que las preposiciones "περὶ" o "κατὰ" hacen que el sentido sea diverso. Que el apóstol Pablo no usa nombres, palabras y preposiciones diferentes por casualidad o como le plazca, sino por la variedad de causas, puede hacerse evidente por lo que dice: "Porque la mujer procede del hombre, pero el hombre nace por medio de la mujer" (2 Cor. XI, 12). Y en otro lugar: "Porque de él, por él y en él son todas las cosas" (Rom. XI, 36). También aquello, "Pablo apóstol no de hombres ni por hombre" (Gál. I, 1). Creemos, por tanto, que "καταφρόνησιν" se refiere propiamente al desprecio, como cuando alguien, extendido entre el potro y las láminas, desprecia el dolor y no teme ni la amenaza del juez ni el murmullo del pueblo circundante, sino que por la confesión del martirio desprecia y menosprecia todos los suplicios. Por el contrario, también hay un mal desprecio, del cual Habacuc, hablando con el Espíritu Santo en él, testifica: "Mirad, despreciadores, y observad y maravillaos de las maravillas, y perezad" (Hab. I, 5). Según lo que también dijimos que se escribió a Timoteo: "Nadie desprecie tu juventud" (1 Tim. IV, 12), es decir, no quiero que te muestres de tal manera que puedas ser justamente despreciado por alguien. "Περιφρόνησις", sin embargo, suena como dicen los estoicos, quienes distinguen sutilmente entre las palabras, cuando alguien, confiando en sí mismo, se considera mejor que otro, desprecia a quien considera inferior y, siendo más sabio, estima que el más humilde es digno de desprecio. Algo así, hinchado por la vanidad del orgullo, despreciando incluso el cielo y el sol, se dice que alguien entre los griegos dijo burlescamente: "Ἀεροβατῶ καὶ περιφρονῶ τὸν ἥλιον", que podemos traducir al latín como "Camino por el aire y me considero más que el sol". "Περιφρόνησις", por lo tanto, que ahora se aplica a Tito, tiene el sentido de que nadie de los que están en las Iglesias, al actuar tú perezosamente, viva de tal manera que se considere mejor. ¿Qué edificación habrá para el discípulo si se entiende a sí mismo como mayor que el maestro? Por lo tanto, no solo los obispos, presbíteros y diáconos deben cuidar mucho de preceder al pueblo que presiden en conducta y palabra, sino también el grado inferior, exorcistas, lectores, sacristanes y todos los que sirven en la casa de Dios. Porque destruye gravemente la Iglesia de Cristo que los laicos sean mejores que los clérigos.

(Cap. III.---Vers. 1, 2) Recuérdales que estén sujetos a los príncipes y potestades, que obedezcan, que estén preparados para toda buena obra, que no blasfemen a nadie, que no sean litigiosos, que sean modestos, mostrando toda mansedumbre hacia todos los hombres. Algo similar se escribe a los Romanos: "Toda alma esté sujeta a las potestades superiores. Porque no hay potestad sino de Dios" (Rom. XIII, 1). Creo que este precepto se dio tanto aquí como allí porque la doctrina de Judas el Galileo aún prevalecía en ese tiempo y tenía muchos seguidores, de los cuales se hace mención en los Hechos de los Apóstoles, cuando la Escritura dice: "Antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien importante, a quien se unieron unos tres mil hombres" (Hech. V, 36); y "después de él se levantó en los días del censo Judas el Galileo", quien, entre otras cosas, proponía como probable según la Ley que nadie debía ser llamado Señor sino solo Dios, y que aquellos que llevaban diezmos al templo no debían pagar tributo al César. Esta herejía había crecido tanto que incluso perturbaba a los fariseos y a gran parte del pueblo, de modo que esta cuestión también se

planteó a nuestro Señor: "¿Es lícito dar tributo al César o no?" (Mat. XXII, 17). A lo que el Señor, respondiendo prudentemente y con cautela, dijo: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Ibid., 21). A esta respuesta se adhiere el apóstol Pablo, enseñando que los creyentes deben estar sujetos a los príncipes y potestades. "Ἀρχαὶ", que se lee en griego, suena más a "principados" que a "príncipes", y significa la potestad misma, no los hombres que están en el poder. Pero como había dicho: "Recuérdales que estén sujetos a los príncipes y potestades", podría darse ocasión a aquellos que temen los tormentos para negar, afirmando según el dicho del Apóstol que están sujetos a los príncipes y potestades y hacen lo que ordenan; por eso añadió: "Obedecer para toda buena obra". Si es bueno lo que ordena el emperador y el gobernador, obedece a la voluntad del que manda. Pero si es malo y contrario a Dios, respóndele con aquello de los Hechos de los Apóstoles: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech. V, 29). Entendamos esto mismo respecto a los siervos con sus amos, y a las esposas con sus maridos, y a los hijos con sus padres, que deben estar sujetos a sus amos, maridos y padres solo en aquello que no va contra los mandamientos de Dios. Lo que sigue: "Estar preparados", debe leerse de dos maneras, ya sea entendiendo que deben estar preparados para toda buena obra, o ciertamente uniendo esto con lo anterior que dice "obedecer para toda buena obra", y terminado hasta aquí, como si fuera un precepto propio y especial, "estar preparados", según lo que está escrito en Levítico: "El macho cabrío que se envía llevando las maldiciones del pueblo, sea entregado en manos de un hombre preparado" (Lev. XVI, 21). Si alguien, por tanto, está preparado para sostener el "ἀποπομπᾶν" y llevarlo al desierto y allí destruirlo, y en cuanto a él, exterminar la suerte de la maldición, ese, cuando obedezca, también estará preparado para toda buena obra. Pero también puede entenderse de otra manera, "estar preparados", para que todo lo que pueda suceder, lo prefiguren en su mente, y cuando ocurra, no lo soporten como algo nuevo, sino que todo les esté preparado. Tampoco se toma simplemente "no blasfemar a nadie". Pues no dice "no blasfemar a ningún hombre", sino absolutamente "a nadie": ni ángel, ni ninguna criatura de Dios. Porque todo lo que Dios ha hecho es muy bueno. Cuando el arcángel Miguel disputaba con el diablo sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de blasfemia, sino que dijo: "Que el Señor te reprenda" (Jud. IX). Si, por tanto, Miguel no se atrevió a proferir juicio de blasfemia contra el diablo, ciertamente digno de maldición, ¿cuánto más debemos nosotros estar libres de toda maldición? El diablo merecía la maldición, pero por la boca del arcángel no debía salir blasfemia. Relee los libros antiguos y ve qué tribus fueron colocadas en el monte Garizim para bendecir al pueblo, y cuáles en el otro monte para maldecir. Rubén, que había mancillado el lecho de su padre, y Zabulón, el último hijo de Lea, y los hijos de las siervas, se colocan en el monte Ebal para maldecir a aquellos que son dignos de maldición (Deut. XXVII). Sería largo enumerar ahora cómo Jacob, que había llamado a sus hijos para bendecirlos (Gén. XLIX, 1), diciendo: "para que os bendiga", después, como en bendición, asocia "maldito sea su furor, porque es violento", y el mismo Señor habla en Génesis: "Maldita será la tierra por tu causa" (Gén. III, 17). Basta con haber dicho ahora que no corresponde a los discípulos de Cristo blasfemar, ni lo que se añade, ser litigiosos. Si somos hijos de la paz y queremos que la paz descansa sobre nosotros, y hemos llegado a la Jerusalén celestial, que toma su nombre de la paz, tengamos paz con aquellos que odian la paz, y en cuanto dependa de nosotros, estemos en paz con todos los hombres: no solo con los modestos, sino también con los pendencieros; porque no hay virtud en soportar a los mansos: y demos lugar a la ira, mostrando toda mansedumbre hacia todos los hombres: no porque debamos mostrar mansedumbre a todos los hombres por deseo de vana gloria, sino que al soportar a todos y no devolver injuria por injuria, las mismas obras se hagan más conocidas para todos. Alguien puede simular mansedumbre por jactancia y por la opinión del vulgo y la popularidad, y fingir bondad. Pero donde no hay verdadera y genuina y sólida mansedumbre, no sé si puede persuadirse a todos de que es manso.

(Vers. 3 y siguientes) Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, desobedientes, extraviados, sirviendo a deseos y placeres diversos, viviendo en malicia y envidia, odiosos, odiándonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna. Alguien podría preguntar cómo fue Pablo insensato, incrédulo, extraviado, sirviendo a deseos y placeres diversos en malicia y envidia, odioso y odiando, antes de que la bondad y la clemencia de nuestro Salvador lo salvaran por el lavamiento de la segunda regeneración: no por obras de justicia que hubiera hecho, sino por su misericordia, derramando abundantemente y generosamente sobre los apóstoles y los creyentes por Jesucristo el Espíritu Santo: para que, habiendo obtenido la herencia de la gracia, poseyeran la esperanza de la vida eterna. Y ciertamente leemos que él, según la justicia que hay en la Ley, fue circuncidado al octavo día sin reproche (Filip. III, 5): hebreo de hebreos, según la Ley fariseo, de la tribu de Benjamín, instruido a los pies de Gamaliel, y desde la infancia educado en las Sagradas Escrituras (Hech. XXII). A lo que se responde, que los judíos que antes de la venida del Salvador y su pasión y resurrección se dedicaron a la Ley, aunque no tenían una justicia plena, sí tenían alguna parte de ella: como también Simeón y Ana la profetisa fueron hallados sirviendo en el templo de Dios. Pero después de que el pueblo clamó: "¡Crucifícalo, crucifícalo! No tenemos más rey que el César" (Juan XIX, 15): y "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mat. XXV, 27), y el reino de Dios les fue quitado y dado a una nación que produce sus frutos: desde ese momento, quien no creyó en Cristo fue insensato, errante, incrédulo y sirviendo a diversos placeres. ¿No nos parece que Pablo fue insensato cuando tenía celo de Dios, pero no según ciencia; y perseguía a la Iglesia: y guardaba las vestiduras de los que apedreaban a Esteban? cuando, instigado por tanto odio contra el Salvador, ardía hasta el punto de recibir cartas de los sacerdotes, yendo a Damasco para encadenar a los que creían en Cristo? ¿O podía tener alguna virtud sin la virtud de Dios en Cristo Jesús, o apagar la llama ardiente de los placeres, cuando no era templo de Dios? ¿Y qué mayor malicia e invidia puede haber que tomar cartas contra los ausentes y devastar por todas partes a los discípulos de Cristo; no querer que él mismo sea salvo: y envidiar a los demás que podían ser salvos: odiar a los cristianos y, en consecuencia, merecer odio de todos? ¿Y qué mayor error, y desobediencia, y locura, que después de que amaneció el día y pasaron las sombras, querer guardar la Ley abolida, y decir: "No toques, no pruebes, no gustes", y con el alimento sólido y viril presente, desear ser alimentado con leche de infancia? Prestemos más atención, y encontraremos en este capítulo la Trinidad más manifiesta. Porque la bondad y la clemencia de nuestro Salvador Dios, no de otro que de Dios Padre, por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, nos justificó para la vida eterna. La salvación de los creyentes es el misterio de la Trinidad. Otros entienden este pasaje de tal manera que no se refiere a Pablo y los apóstoles, sino que bajo la persona de los apóstoles, se dice de otros: así como bajo su persona, y la de Apolo, y Cefas, habló de la disensión y el cisma que reprendía en los corintios, así también en el presente lugar, nombrándose a sí mismo y a los apóstoles, mostró cómo eran todos los que creyeron en Cristo antes de la regeneración del lavamiento vital. Al mismo tiempo, su humildad es admirable, ya que quien despreciaba toda la utilidad y justicia de la Ley como basura y desechos, correctamente recuerda que sin Cristo sirvió a todos los vicios.

(Vers. 8.) Fiel es esta palabra, y quiero que insistas en estas cosas, para que los que han creído en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles para los hombres. Lo que dice, "fiel es esta palabra", debe unirse a lo anterior, en lo que había dicho: "para que justificados por su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna". Porque es una palabra digna de fe sobre la herencia de Dios y sobre la esperanza de la vida eterna. Por lo tanto, es necesario no solo creer esto sin duda, sin temor, sino también confirmarlo para que otros crean, no solo esto, sino también que esto debe ser confirmado a todos aquellos que quieran creer: por eso dice: "y quiero que insistas en estas cosas". Y aquellos que verdaderamente crean estas cosas, es necesario que se ocupen de las buenas obras, por las cuales se prepara la herencia de Dios y la esperanza de la vida eterna. Y bellamente, para dar mayor fe, no dice "que creen a los hombres", sino "que creen a Dios". Porque es necesario que se ocupen de las buenas obras, que cumplidas y realizadas con todo esfuerzo, son buenas y útiles para los creyentes.

(Vers. 9.) Evita las cuestiones necias, las genealogías, las contenciones y las disputas que provienen de la Ley: son inútiles y vanas. Dado que las cuestiones son múltiples y diversas, Salomón habló de aquellos que buscan a Dios, diciendo: "Los que lo buscan correctamente, encuentran la paz" (Prov. VIII, 35). Por lo tanto, quienes no buscan a Dios correctamente, no pueden encontrar la paz. Hay muchos ejemplos de quienes no buscan a Dios correctamente. Los judíos buscan a Dios de manera equivocada, esperando encontrarlo sin Cristo. Los herejes, con el vano ruido de sus palabras, buscan a quien no pueden encontrar. También los filósofos y bárbaros, con diversas opiniones sobre Dios, han buscado a Dios. Pero como no lo buscaron correctamente, sus preguntas fueron necias, creyendo que Dios puede ser comprendido por los sentidos humanos. Pablo nos aparta de estas cuestiones. Sin embargo, exhorta y anima más a los sabios y a aquellos que están respaldados por la autoridad de las Escrituras, no ignorando los preceptos del Salvador, en los que dice: "Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá, pedid y se os dará. Porque todo el que busca encuentra, y el que pide recibe, y al que llama se le abrirá" (Luc. XI), siempre que nuestro cuerpo no esté sometido al pecado, y la sabiduría entrará en nosotros. Que el sentido se ejercite, que la mente se alimente diariamente con la lectura divina: y nuestras preguntas no serán necias. Lo que dice: "Evita las genealogías, las contenciones y las disputas que provienen de la Ley", se refiere propiamente a los judíos, que se jactan y creen tener conocimiento de la Ley si retienen los nombres de cada uno: que, siendo bárbaros, y no conociendo sus etimologías, a menudo los pronunciamos incorrectamente. Y si por casualidad erramos en el acento, en la extensión y brevedad de la sílaba, alargando lo breve o acortando lo largo, suelen burlarse de nuestra ignorancia, especialmente en las aspiraciones y en ciertas letras que se pronuncian con raspado de garganta. Esto ocurrió porque los setenta intérpretes, por quienes la Ley divina fue traducida al griego, especialmente la letra HETH y AIN, y otras similares (porque no podían transferirlas al griego con doble aspiración) las expresaron añadiendo otras letras. Por ejemplo, para decir Rahel, decían Rachel; y Jeriho, Jericho; y Hebron, Chebron; y Seor, Segor: en otros casos, este intento falló. Nosotros y los griegos tenemos solo una letra s, pero ellos tienen tres, SAMECH, SADE, y SIN: que poseen diferentes sonidos. Isaac y Sion se escriben con SADE: Israel con SIN, y sin embargo no suena como se escribe. Seon, rey de los amorreos, se pronuncia y se escribe con la letra SAMECH. Si, por lo tanto, estos nombres e idiomas, al ser bárbaros, no los expresamos como los expresan los hebreos, suelen reírse y jurar que no entienden lo que decimos. Por eso nos preocupamos por corregir todos los libros de la antigua Ley, que el erudito Adamantius había dispuesto en Hexapla, copiados de la biblioteca de Cesarea, en los que las palabras hebreas están escritas con sus propios caracteres; y expresadas en letras griegas de manera cercana. También Aquila y Símaco, los

Setenta y Teodoción mantienen su orden. Algunos libros, especialmente aquellos que entre los hebreos están compuestos en verso, tienen tres ediciones adicionales: que llaman quinta, sexta y séptima traducción: obteniendo autoridad sin los nombres de los intérpretes. Este ingenio inmortal nos lo ha dado con su trabajo, para que no temamos demasiado la altivez de los judíos; con labios sueltos, lengua torcida, saliva chirriante y garganta raspada, se alegran. Tienen otra ocasión de orgullo, ya que, como nosotros los latinos recordamos más fácilmente los nombres latinos y sus orígenes de nuestra lengua, ellos desde pequeños han absorbido profundamente los vocablos de su lengua vernácula: y desde el principio de Adán hasta el final de Zorobabel, recorren de memoria y rápidamente todas las generaciones, como si estuvieran refiriendo su propio nombre. Nosotros, que hemos aprendido otras letras, o ciertamente hemos creído tarde en Cristo, o incluso si somos niños entregados a la Iglesia, seguimos más el sentido de las Escrituras que las palabras: si acaso no las conocemos así, creen que son más doctos en referir nombres, en el cómputo de años, en nietos y bisnietos, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos. He oído a un judío que pretendía haber creído en Cristo en Roma, cuestionar las genealogías de nuestro Señor Jesucristo, que están escritas en Mateo y Lucas; que desde Salomón hasta José, no concuerdan ni en número ni en igualdad de vocablos: quien, habiendo pervertido los corazones de los simples, traía ciertas soluciones, como le parecía, desde los santuarios y oráculos, cuando más bien debería haber buscado la justicia, la misericordia y el amor de Dios, y después de eso, si acaso surgiera, discutir sobre nombres y números. Quizás hemos dicho bastante sobre la altivez de los hebreos y más de lo necesario: pero se nos ha dado la ocasión de discutir sobre genealogías, contenciones y disputas que provienen de la Ley. Los dialécticos, de los cuales Aristóteles es el principal, suelen tender redes de argumentación, y encerrar la libertad vaga de la retórica en los espinos de los silogismos. Estos, por lo tanto, que pasan días y noches enteras para preguntar, responder, proponer o aceptar, asumir, confirmar y concluir, llaman a algunos contenciosos, que disputan como quieren, no con razón, sino con el estómago de los litigantes. Si, por lo tanto, ellos hacen esto, cuya arte es propiamente la contención, ¿qué debe hacer el cristiano sino huir completamente de la contención? Las disputas legales también deben ser completamente rechazadas, y la necesidad de los judíos abandonada. Son inútiles y vanas, que solo tienen apariencia de ciencia: pero no benefician ni a los que hablan ni a los que escuchan. ¿De qué me sirve saber cuántos años vivió Matusalén, en qué año de su vida Salomón tomó esposa, no sea que se crea que Roboam nació en el undécimo año de su vida? y muchas cosas de este tipo, que o son difíciles de encontrar debido a la variedad de libros, y (mientras se escriben de inexactos a inexactos) errores arraigados: o incluso si los encontráramos con gran estudio y esfuerzo, sabemos que no servirán de nada. A menudo sucede que tenemos disputas de la Ley, no por deseo de la verdad; sino por vanagloria, mientras queremos ser considerados doctos por los que escuchan: o ciertamente por este rumor perseguimos ganancias vergonzosas: ¿De qué sirve ladrar con labios espumosos y el ladrido de perros, cuando una respuesta simple y moderada puede o bien apaciguarte si es verdadera, o si es falsa, corregirse suavemente y con calma?

(Vers. 10, 11.) Evita al hombre hereje después de una o dos correcciones: sabiendo que tal persona está pervertida y peca, siendo condenado por sí mismo. El nombre de herejía también se menciona en la Epístola a los Corintios: "Porque es necesario que haya herejías entre vosotros, para que los aprobados se manifiesten" (I Cor. XI, 19). Y en Gálatas se enumera entre las obras de la carne: "Manifiestas son las obras de la carne: que son fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disputas, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas, de las cuales os advierto, como ya os he advertido: que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gal. V, 19 ss.). En las cuales es diligente observar que así como los demás vicios,

que se enumeran entre las obras de la carne, nos excluyen del reino de Dios: así también las herejías nos quitan el reino de Dios; y no importa cómo alguien sea excluido del reino. Lo que es más sorprendente es que incluso en los Hechos de los Apóstoles parece ser releído, nuestra fe en Cristo y la disciplina eclesiástica, ya entonces por hombres perversos llamada herejía. Porque nosotros, dicen los judíos al apóstol Pablo, ni hemos recibido cartas de ti de Judea, ni ha venido alguno de los hermanos que nos haya anunciado o hablado mal de ti. Pero deseamos oír de ti lo que piensas: porque de esta herejía nos es notorio que en todas partes se contradice" (Hech. XXVIII, 21, 22). Y aunque el nombre de herejía no se menciona en Mileto, sin embargo, las obras son nombradas por Pablo, hablando a los presbíteros de la Iglesia: "Yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño: y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hech. XX, 29, 30). Estas cosas se dicen de paso, donde y en otros lugares se llama herejía. Ahora el mismo nombre parece ser ventilado plenamente. Herejía en griego se dice por elección, porque cada uno elige para sí lo que le parece mejor. También los filósofos estoicos, peripatéticos, académicos, epicúreos, se llaman de esta o aquella herejía. Es superfluo ir por cada uno, y enumerar a Marción, Valentín, Apeles, Ebión, Montano, y Maniqueo con sus dogmas: cuando es fácil para cualquiera conocer en qué errores se guían cada uno. Ojalá que Arrio y Eunomio, y el autor de la nueva herejía, no fueran tan conocidos, quizás habrían engañado a menos personas. Por lo tanto, evita al hombre hereje después de una corrección, o como mejor se dice en griego, *vousθεσίαν*, que significa más amonestación y enseñanza sin reprensión. Se lee en los códices latinos (lo que también aprobaba el Papa Atanasio): "Después de una y otra corrección"; que no basta con corregirlo o amonestar solo una vez al que está en algún error: sino que también se le debe aplicar una segunda enseñanza, para que en boca de dos o tres testigos se mantenga toda palabra. Y por qué debe ser evitado después de la primera y segunda corrección, da las razones diciendo: "porque tal persona está pervertida y peca, siendo condenado por sí mismo". Porque quien una y dos veces corregido, al escuchar su error, no quiere corregirse, considera que el que corrige está en error: y al contrario, preparándose para las disputas y peleas de palabras, quiere ganar a quien lo enseña. Por eso se dice que está condenado por sí mismo: porque el fornicador, el adúltero, el homicida, y otros vicios, son expulsados de la Iglesia por los sacerdotes. Pero los herejes se condenan a sí mismos, retirándose de la Iglesia por su propia voluntad: lo cual parece ser una condenación de su propia conciencia. Se considera que entre herejía y cisma hay esta diferencia, que la herejía tiene un dogma perverso: el cisma se separa de la Iglesia por disensión episcopal: lo cual al principio puede entenderse en parte. Sin embargo, ningún cisma no se inventa alguna herejía, para que parezca que se ha separado correctamente de la Iglesia.

(Vers. 12.) Cuando envíe a ti a Artemas o a Tíquico, apresúrate a venir a mí a Nicópolis, porque allí he decidido pasar el invierno. Leemos al comienzo de esta Epístola: "Por esta razón te dejé en Creta, para que corrigieras lo que faltaba: y establecieras presbíteros en cada ciudad, como te ordené. Para que, ya que los cretenses habían creído recientemente, al partir Pablo, y al pasar a otras Iglesias, no fueran dejados huérfanos: sino que tuvieran un hombre apostólico, que corrigiera lo que parecía faltar. Por lo tanto, como después del fundamento de otras Iglesias era necesario Tito, que edificara el edificio, le escribe para que, cuando haya enviado a Artemas o Tíquico, uno de los dos que estaban con él, a Creta para llenar su lugar: él mismo venga a Nicópolis, testificando que pasará allí el invierno. De lo cual probamos el afecto paternal de Pablo hacia los cretenses. Necesita a Tito en el ministerio del Evangelio: sin embargo, no quiere que venga a él antes de que Artemas o Tíquico, su sucesor, haya llegado en su lugar. Nicópolis es la misma que recibió su nombre por la victoria de Augusto, porque allí venció a Antonio y Cleopatra.

(Vers. 13.) Envía con diligencia a Zenas, el doctor de la ley, y a Apolo, para que no les falte nada. Este es Apolo de quien también se escribe a los Corintios: "Cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas" (I Cor. I, 12). Era un hombre de Alejandría, de los judíos, muy elocuente y perfecto en la Ley, obispo de los corintios: quien, debido a las disensiones que había en Corinto, se cree que cruzó a la isla vecina de Creta con Zenas, el doctor de la ley; y con la Epístola de Pablo, las disensiones que habían surgido en Corinto fueron apaciguadas, regresando nuevamente a Corinto. No podemos decir de otro lugar de las Escrituras quién fue Zenas, el doctor de la ley, sino solo esto, que también él era un hombre apostólico que tenía la misma obra que Apolo: edificar las Iglesias de Cristo. Por lo tanto, ordena a Tito que, ya que iban a navegar de Creta a Grecia, no los deje carecer de provisiones, sino que tengan lo necesario para el viaje.

(Vers. 14.) Que también los nuestros aprendan a presidir en buenas obras para los usos necesarios, para que no sean infructuosos. Antes había dicho: "Envía con diligencia a Zenas, el doctor de la ley, y a Apolo, para que no les falte nada". Porque podría surgir una respuesta oculta, para que no solo Tito sino cualquier lector de la Epístola dijera esto: y de dónde Tito, para dar a quienes no tienen viático, resuelve esta cuestión, y como si nada se le opusiera, lo elimina, diciendo: "Que también los nuestros aprendan a presidir en buenas obras para los usos necesarios, para que no sean infructuosos". Llama nuestros a los que han creído en Cristo: que, siendo de Cristo, merecen ser llamados correctamente de Pablo y de Tito. Tienes, dice, poder sobre los discípulos; enséñales a no ser infructuosos: sino a ministrar a los evangelistas y hombres apostólicos, que sirven en buenas obras: y ministrar, no en cualquier causa, sino en los usos necesarios: "Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto" (I Tim. VI, 8): y los que sirven al altar, vivan del altar: y los que participan de nuestras cosas espirituales, deben compartir con nosotros sus cosas materiales. Y para que no desprecien fácilmente la epístola de Pablo o el precepto de Tito, llama infructuosos a quienes no ministran a los evangelistas. Dice también Salomón en los Proverbios: "El fruto es la limosna" (Prov. III, 12). Y el mismo Pablo llama al primer fruto del espíritu la caridad (Galat, V). La caridad se comprueba sobre todo en la comunicación y en el ministerio. Para que no, dice, sean infructuosos. Porque todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Mat. V, 10). Esto lo digo: porque el que siembra escasamente, escasamente cosechará. No querer dar a los hombres apostólicos y evangelizadores de Cristo en los usos necesarios, es condenarse a sí mismo a la esterilidad.

(Vers. 15.) Todos los que están conmigo te saludan. O usó la costumbre habitual, para decir que Tito era saludado por todos los que estaban con él: o ciertamente, propiamente en Tito, que era tal que merecía el amor de todos los que estaban con Pablo. Gran alabanza de Tito ser saludado por todos a través de Pablo.

Saluda a los que nos aman en la fe. Si todos los que aman, amaran en la fe, y no hubiera otros que amaran sin fe, nunca Pablo habría añadido la fe al amor, diciendo: "Saluda a los que nos aman en la fe". Porque las madres aman a sus hijos, tanto que están dispuestas a morir por ellos; pero no aman en la fe: y las esposas a sus maridos con quienes frecuentemente mueren; pero ese amor no es de fe. Solo el amor de los santos ama en la fe: tanto que incluso si el que es amado es infiel: sin embargo, el santo lo ama en la fe, según aquello: "Haced todo en fe" (I Cor. XVI, 14). Y en otro lugar: "Amad a vuestros enemigos" (Luc. VI, 35). El santo ama a sus enemigos, y por eso los ama en la fe: porque cree en aquel que ha prometido recompensar por el cumplimiento del mandato.

La gracia de nuestro Señor con todos vosotros. Debe saberse que en los códices griegos está escrito así: "Gracia con todos vosotros": para que ni "del Señor", ni "nuestro", se encuentren en los libros auténticos. Por lo tanto, en común a los santos y creyentes, a Tito y a los demás que estaban con él, les desea gracia. Y así como el patriarca Isaac bendijo a su hijo Jacob (Gen. XXVII), y él mismo a los doce Patriarcas (Ibid., 29): también los apóstoles al entrar en una casa decían: "Paz a esta casa" (Mat. X, 12). Y si la casa era digna, su paz reposaba sobre ella: si se mostraba indigna, volvía a aquellos que la habían deseado. Así también ahora al final de su Epístola el Apóstol desea gracia a los creyentes: que con el deseo tenía efecto, y estaba en el poder de los creyentes, si se mostraban como el bendecido quería que se mostraran.